

Foto: Sebastián Vargas

La palabra justa

¿PUEDE PENSARSE EN DOSTOIEVSKI SIN *DECIR CRIMEN Y CASTIGO*, EN PROUST SIN *MURMURAR EN BUSCA DEL TIEMPO PERDIDO*, O EN ROBERTO ARLT SIN RECORDAR *EL JUGUETE RABIOSO*? A PARTIR DE ESTAS PREGUNTAS, **BARULLO** PUBLICA UNA ENCUESTA EXCLUSIVA DONDE CENTENARES DE LECTORES ELIGEN EL MEJOR TÍTULO DE UN LIBRO



CRÓNICA: LA BIBLIOTECA DE LAS HERMANAS COSSETTINI / LA ENTREVISTA: EDUARDO D'ANNA POR ALICIA SALINAS / CINE: LA TRILOGÍA DE MARIANA WENGER / FOTOS: PICHIDE BENEDETTIS / ESCRIBEN: FEDERICO LORENZ, RAFAEL IELPI, MIGUEL ROIG Y GABRIELA GERVASONI

Escuchar para legislar, **dialogar**
para garantizar derechos y **construir**
una provincia más justa.



CÁMARA DE DIPUTADOS
DE LA PROVINCIA
DE SANTA FE

STAFF

barullo

Directores

Horacio Vargas
Sebastián Riestra
Perico Pérez

Colaboran en este número

Federico Lorenz
Ricardo Robbins
Miguel Roig
Alicia Salinas
Rafael Ielpi
Max Cachimba
Pichi De Benedictis
Carlos Barocelli
Leandro Arteaga
Gabriela Gervasoni

Diagramación

Fabiana Colovini

Editor Web:

Agustín V. Hoffmann

Seguinos en

www.barullo.com.ar
@revistabarullo
revista_barullo
@barullorevista

Distribuye

Homo Sapiens Ediciones
Sarmiento 825, Rosario

Impresión

Buenos Aires Print de Walter A.
Santiago/ Pte. Sarmiento 459/
Lanús/Buenos Aires/ Argentina

Editor responsable

Horacio Vargas
barullorevista@gmail.com
Registro de la propiedad
intelectual3055388

Barullo integra la Asociación de
Revistas Culturales Independientes
de Argentina (ARECIA).



A modo de editorial

(1) Una marca de vinos argentinos cuyo stock disponible está en duda; (2) una tienda de variopintos disfraces en Madrid; (3) un bodegón en una esquina de Quilmes, cita obligada para vecinos y gringos; (4) una editorial que invita a conocer la Calle Barullo; (5) un albergue que hospeda a los que recorren el Camino de Santiago.

En este mundo, como se ve, otra gente también está haciendo barullo.



**CONCEJO MUNICIPAL
DE ROSARIO**

ENCUESTA DE BARULLO

El mejor título del mundo

Una consulta realizada a través de las redes sociales que se tornó masiva interrogó a los lectores acerca de uno de los aspectos menos tenidos en cuenta a la hora de valorar un libro: nada menos que su nombre. Opiniones para todos los gustos

Por **Sebastián Riestra**

En alguna mesa de café, en los tan lejanos como hermosos años ochenta, el tema se debatió *in extenso*: ¿cuáles eran los títulos de libros que tenían mayor impacto, mayor hondura, mayor belleza? Las propuestas, entre cortados, cigarrillos y alguna que otra ginebra, iban y venían, meditadas y pasionales. La polémica, por supuesto, no terminará nunca. Porque el nombre –esa es la palabra justa– de un libro es mucho más que su carta de presentación: se trata, sin dudas, de una parte central de su identidad. ¿O acaso puede pensarse en Dostoievski sin decir *Crimen y castigo*, en Proust sin murmurar *En busca del tiempo perdido*, o en Roberto Arlt sin recordar *El juguete rabioso* y *Los siete locos*? Difícilmente. Al igual que evocar a César Vallejo y no hacerlo con ese extraño vocablo que resume el misterio de su poesía: *Trilce*.

Curioso por conocer opiniones ajenas, al margen –por esta vez– de las queridas mesas de bar, este cronista abrió el juego en las redes sociales, con la siguiente propuesta: “Amigos, necesito aportes para una nota. La cuestión es sencilla: qué títulos de obras literarias les parecen hermosos. Pero ojo, hablo solamente del título, no del contenido del libro. Un ejemplo: a mí me parece que *El corazón es un cazador solitario* (*Heart is a Lonely Hunter*, en el original inglés, con su musicalidad intraducible) es un título maravilloso. La novela es de Carson McCullers. Espero sugerencias, por esta misma vía. Gracias”.

Para mi sorpresa (y la de otros), las respuestas llegaron en cascada. Escritores, periodistas y fanáticos de la lectura de toda clase enviaron sus sugerencias. Lo que sigue es un resumen de las profusas y a veces insólitas sugerencias que llegaron.

De Conrad a Duras

Muchos optaron por lo seguro. Y así, un título que se repitió fue *El corazón de las tinieblas*, del polaco devenido británico Joseph Conrad. La oscura majestad de esta novela corta se hizo popular gracias a la tan libre como recordada versión cinematográfica de

Francis Ford Coppola, *Apocalypse Now*, de 1979. Entre quienes expresaron su admiración por este título están el concejal peronista Eduardo Toniolli y la poeta Livia Vives.

Otra indiscutida obra maestra del siglo pasado que obtuvo votos fue *La montaña mágica*, del alemán Thomas Mann, elección de la escritora Verónica Laurino y el periodista y también escritor bahiense Pablo Freinkel. En la misma línea germánica, otros (como el camarógrafo y director de fotografía Alejandro Pereyra) recordaron *El hombre sin atributos*, del austríaco Robert Musil. También alemán es Peter Handke, de quien el director de cine Gustavo Postiglione recordó *Cuando desear todavía era útil*. Finalmente, el cantautor Enrique Llopis se jugó por *La muerte de Virgilio*, monumental novela de Hermann Broch.

Proveniente del riquísimo orbe de la literatura francesa es esa obra maestra inobjetable llamada *En busca del tiempo perdido*, de Marcel Proust, que fue votada por muchos, entre ellos la escritora y actriz porteña Silvia Arazí. Otro hit fue *Viaje al fin de la noche*, la oscura novela de Louis Ferdinand Céline, que eligieron, por ejemplo, el escritor y periodista santafesino Estanislao Giménez Corte, el docente misionero Leonardo Settecase, el narrador y editor Pablo Bagnato y el colectivero y poeta José Zajarías. Del mismo universo proviene *La espuma de los días*, del recordado Boris Vian, elegido por la poeta Vicky Lovell y la psicóloga y cantante Mariana Kesselman. El librero Fernando Mullor, en tanto, optó por *Siempre somos demasiado buenos con las mujeres*, del impredecible Raymond Queneau.

Por su parte, el poeta Luciano Pamucio evocó el sugestivo título de Georges Perec, *La vida: instrucciones de uso*, y la narradora Luisina Bourband hizo lo propio con *Nada se opone a la noche*, de Delphine de Vigan. Además, la escritora que en las redes elige presentarse como Gabriela Go tuvo el tino de proponer ese bello título que es *El café de la juventud perdida*, del premio Nobel Patrick Modiano, y otra narradora, Lucrecia Mirad, evocó a Marguerite Duras con *Los ojos azules, el pelo negro*; por la

misma creadora se volcaron la psicóloga Beatriz Suárez y la poeta platense Norma Etcheverry, quienes recordaron *Escribir*.

La bella Italia

Entre los italianos, Italo Calvino se erigió como el más votado. Pero curiosamente no fue su obra más popular, *Las ciudades invisibles*, la elegida, sino *Si una noche de invierno un viajero*, señalada por el novelista e historiador Federico Lorenz, la poeta Tonia Taleti, el narrador Juan Bereciartua y el librero Marcos Buchin. Otros autores peninsulares merecieron menciones: en esa nómina aparecen *Trabajar cansa*, primer libro de poemas del gran Cesare Pavese –opción del dramaturgo y periodista Walter Operto–, y *El simplón guiña el ojo al Frejus*, del injustamente olvidado Elio Vittorini, preferencia del escritor Marcelo Scalona. El periodista Jorge Salum se quedó con un libro de Antonio Tabucchi, italiano enamorado de Lisboa: *El tiempo envejece deprisa*. Y otro periodista, Juan Aguzzi, recordó oportunamente a Natalia Guinzburg, con *Todos nuestros ayeres*. Mientras tanto, el crítico Hernán Ruiz y la periodista Alejandra Rey se definieron por *La soledad de los números primos*, de Paolo Giordano.

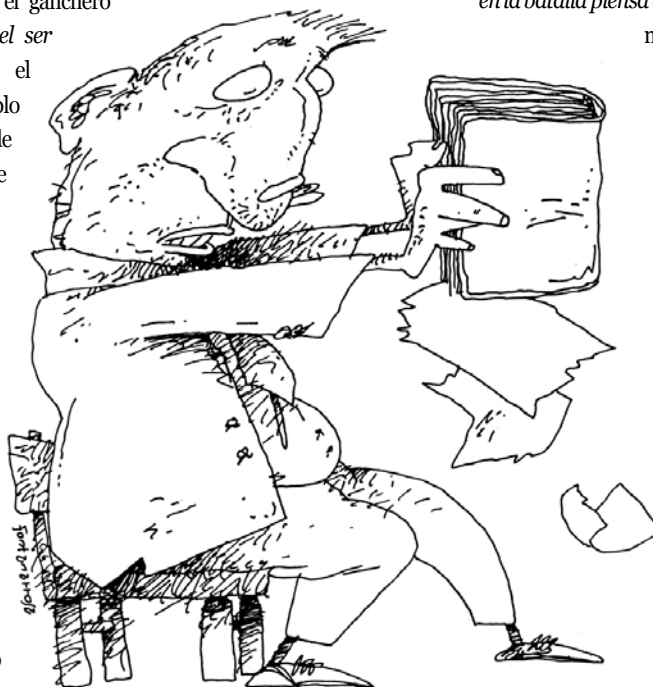
Como corolario, el autopresentado como “especialista en la calle” Fabián Gemelotti se volcó hacia *El desierto de los tártaros*, de Dino Buzzati, y la poeta Jorgelina Paladini por *Donde el corazón te lleve*, de Susanna Tamaro

Entre Europa y Asia

Siempre dentro de la producción del Viejo Continente, otro narrador que cosechó numerosas adhesiones fue el checo Milan Kundera, con el gancho

La insoportable levedad del ser

(entre los votantes, están el poeta santafesino Luis Pablo Casals, la psicóloga Viviana de San Román, la profesora de ciencias económicas Beatriz Fiotto, el psicólogo Marcelo Cabeza y el ingeniero Luis Claudio García), aunque el poeta Luciano Trangoni prefirió *La vida está en otra parte*. Otros se inclinaron por el húngaro Sandor Marái: *La mujer justa* fue la elección de la psicóloga Laura Hanono y del contador y militante justicialista Marcelo Gluck. El dramaturgo



Leonel Giacometto se quedó con la obra de otro checo: *Trenes rigurosamente vigilados*, de Bohumil Hrabal, trasladada a la pantalla por su compatriota Jiri Menzel.

La antropóloga y poeta Patricia Cuaranta se inclinó por *Todo lo que tengo lo llevo conmigo*, de la rumana Hertha Müller. Por su parte, el periodista Jorge Sansó de la Madrid se definió por *Ferdydurke*, del polaco Witold Gombrowicz, y acotó: “El mejor, por lo insondable”.

¿Y los británicos? La instructora de yoga Adriana Alegre recordó *El club de los suicidas*, del maravilloso Robert Louis Stevenson; Armando Delponte pensó en *El americano imposible*, de Graham Greene; la docente Maria Cecilia Micetich en *Cada vez que decimos adiós*, de John Berger.

Sumó su aporte Florencia de la Colina (hija del recordado artista plástico Rubén de la Colina y viuda del querido Alberto Carlos Vila Ortiz), que recordó *La tumba sin sosiego*, libro inclasificable y magistral de Cyril Connolly. “Era el preferido de Gary”, evocó, antes de enviarme la imagen de la edición de Sur.

Los rusos, dueños de una monumental tradición literaria, no estuvieron sin embargo demasiado concurridos. El novelista y ex guerrillero Miguel Ángel Mori recordó a Fedor Dostoievski con *Crimen y castigo*. Vladimir Nabokov, aunque escribió la mayor parte de su obra en otro idioma, fue nombrado por la psicóloga Guadalupe Amadeo Calviño (*Pálido fuego*) y el poeta Jorge Dipré (*Ada o el ardor*).

El novelista policial sueco Stieg Larsson fue elegido por el escritor Ebel Barat (*Los hombres que no amaban a las mujeres*) y el actor Raúl Santangelo (*La chica que soñaba con una cerilla y un bidón de gasolina*).

¡Ojo, faltan los españoles! Notable éxito tuvo *Mañana en la batalla piensa en mí*, novela de Javier Marías,

marcada por las poetas María Paula Alzugaray y Daniela Saidman, el psicólogo David Abecasis y la experta en seguros Lila Canosa. La escritora Celina Russo optó por *El desorden de tu nombre*, de Javier Millás. El pedagogo Fernando Avendaño recordó *Los clarines del miedo*, de Ángel María de Lera, y la psicóloga Claudia Bonfil lo hizo con *También esto pasará*, de Milena Busquets. “Muy oportuno para el momento”, comentó.

En tanto, el portugués José Saramago fue la

elección de la actriz Claudia Schujman (*Ensayo sobre la ceguera*).

De Japón a Oceanía

El llamado País del Sol Naciente hizo también valiosos aportes a esta compulsa. Del sutil Yasunari Kawabata se recordó *Lo bello y lo triste* (el fotógrafo Francisco Guillén) y del malogrado y genial Yukio Mishima se evocó *El marinero que perdió la gracia del mar* (la escritora Rosa Fasolís, la guionista y docente Alejandra Bruno). Mientras, del popular Hikaru Murakami la periodista Carina Toso eligió *El pájaro que da cuerda al mundo* y su colega Lucía Dozo optó por *Al sur de la frontera, al oeste del sol*. La también periodista Vanesa Valenti recordó *El cielo es azul, la tierra es blanca*, de la enigmática Hiromi Kawakami, al igual que su colega Patricia Dibert y la docente Elsa Ramos.

Otra periodista –Susana Pozzi– se definió por *Si los gatos desaparecieran del mundo*, de Genki Kawamura. Y la escritora chilena de origen mapuche Ivonne Coñuecar se volcó por *El gato que venía del cielo*, de Takashi Hiraide.

Solitario, el autodenominado “aprendiz eterno” Andrés Castro eligió *El año que vivimos peligrosamente*, del australiano Christopher John Koch, filmada por su gran coterráneo Peter Weir.

Los norteamericanos

¿Cómo olvidarlo, o ignorarlo? La literatura estadounidense –sobre todo, la narrativa– ha alumbrado notorias maravillas desde mediados del siglo XIX hasta el presente. Y el correlato de títulos era esperable.

Los grandes clásicos de la llamada Generación Perdida abrieron el fuego: William Faulkner se hizo presente con *Luz de*

agosto (elección de la abogada Marina Arp) y *El sonido –o El ruido– y la furia* (la periodista María Noel Do, el docente Oscar Miranda Gareis, el escritor y periodista Daniel Ares). Por su parte, la escritora y docente Gabriela Yocco se quedó con *Mientras yo agonizo*.

El poeta, traductor y editor chileno Juan Carlos Villavicencio recordó *Del tiempo y del río*, del inmenso Thomas Wolfe, muerto tan joven. Otros evocaron al Ernest Hemingway de *París era una fiesta*: la profesora en letras Evelin D’Angelo y la comerciante María Valeria Lombardo. Mientras, la licenciada en Bellas Artes Itatí Cáceres se quedó con otro clásico: *Las uvas de la ira*, del gran John Steinbeck, llevada al cine por el no menos grande John Ford.

De Paul Bowles tuvo notable éxito *El cielo protector*, filmada por Bernardo Bertolucci. La votaron, entre otros, el fotógrafo Carlos Prieto y la cantante Myriam Cubelos. El historiador Darío Barrera apostó por otra novela del hombre que eligió la exótica Tanger para vivir: *Déjala que caiga*.

El dramaturgo Tennessee Williams tuvo sus votos: por ejemplo, el ajedrecista y abogado Jorge Sánchez Almeyra recordó *Un tranvía llamado deseo*, transformada en celuloide por Elia Kazan.

Los nostálgicos de los sesenta se volcaron por *El cazador oculto* o *El guardián entre el centeno* (según la traducción de *The Catcher in the Rye*), de J. D. Salinger (los psicólogos Silvia Ambrosini y Fernando Re, el periodista Juan José Panno).

Raymond Carver fue elegido por su sensacional *De qué hablamos cuando hablamos de amor* (el poeta Alito Reinaldi y el docente Gustavo Mainardi); John Fante, por *Pregúntale al polvo* (Inés Castro Romar, especialista en minoridad y familia) y *La hermandad de la uva* (el antropólogo Lucas Almada); John Kennedy Toole por su inolvidable *La conjura de los necios* (el

AMORES FANTÁSTICOS

La ciencia ficción y sus géneros afines marcaron a generaciones de lectores. Esa pasión se tornó visible en la encuesta, a partir de los numerosos lectores que eligieron títulos del entrañable Ray Bradbury: el músico Sergio Aquilano, por ejemplo, optó por *Remedio para melancólicos*, al igual que el abogado Fabián Di Nucci y el periodista Juan Mascardi; el también periodista Horacio Çaró y el electricista y humorista Fernando Spinassi se quedaron con el lirismo de *Las doradas manzanas del sol*, al igual que la artista Silvia Arce; mientras, el actual subsecretario nacional de Defensa y Asuntos Militares, Sergio Rossi, se inclinó por *La feria de las tinieblas* y el especialista en medios Sebastián Carazay se quedó con *La muerte es un asunto solitario*.

Otro éxito fue el clásico de Philip K. Dick *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, votado por Javier Conde (autopresentado como “ayudante de Eddie Pequenino en varios oficios”), el ejecutivo de ventas Julián Sinopoli y la licenciada en filosofía Ana Rapp. ¿Habrán visto *Blade Runner*?

El retorcido y genial Howard Phillips Lovecraft, en tanto, fue la elección del agricultor y comerciante Héctor Escobar (*Los que vigilan desde el tiempo*) y el escritor José Luis Greco (*El color que cayó del cielo*).

Mientras, Ursula K. Le Guin fue seleccionada por Marcela Cejas-Calfuqueo y el poeta platense Carlos Aprea (*El nombre del mundo es bosque*), y el periodista y músico de rock uruguayo Gonzalo Curbelo Dematteis (*La mano izquierda de la oscuridad*).

Por su parte, el arquitecto Jorge Barroso se quedó con *El curso del corazón*, de M. John Harrison.

actor y director teatral Omar Serra, la docente Andrea Eixarch) y por *La Biblia de neón* (el periodista Rubén Alejandro Fraga y el crítico Matías Carnevale); Cormac McCarthy por *Todos los hermosos caballos* (el escritor Marcelo Britos), y de Paul Auster, los elegidos fueron su texto autobiográfico *La invención de la soledad* (el abogado y dirigente político Oscar Blando) y la novela *El palacio de la luna* (el actor Fernando Vercelli). El abogado y escritor Jesús Iribarren se inclinó por *La broma infinita*, del malogrado David Foster Wallace.

Mientras, la actriz Estefanía D'Anna fue la única que se acordó de la novela negra al volcarse por *El sueño eterno*, de Raymond Chandler.

La genial Carson McCullers fue votada por el título citado al principio de esta nota (la cineasta Paula Suar y Ana María Ferrini, del grupo Basta de Demoliciones), pero también por *Reflejos en un ojo dorado* (la periodista Sibila Camps) y *La balada del café triste* (la abogada y escritora Ana de Benedictis). Joan Didion se convirtió en la elección de la escritora Felicitas Maini, con *El año del pensamiento mágico*. Y la dupla integrada por Mary Ann Shaffer y Annie Barrows, con su exitoso *La sociedad literaria del pastel de piel de papa de Guernsey*, fue opción de la actriz Liliana Gioia. La docente Jorgelina Giménez se jugó por *Todo cuanto amé*, de Siri Hustvedt, la psicóloga Yael Geller optó por *¿Quién se hará cargo del hospital de ranas?*, de Lorrie Moore, y el poeta Sebastián Fiorilli se volcó por *En Grand Central Station me senté y lloré*, de Elizabeth Smart.

América Latina

Los representantes del postergado “patio trasero” tuvieron, menos mal, numerosas menciones. *El llano en llamas*, del mexicano Juan Rulfo, fue elegida por el vendedor y viajante Andrés Bonaparte y el periodista Claudio Berón. Mientras, y siguiendo con México, el escritor y diplomático Rafael Bielsa optó por *La región más transparente*, gran novela de Carlos Fuentes, y el ex presidente del Concejo rosarino y periodista deportivo Pablo Criboli optó por *El laberinto de la soledad*, magistral ensayo de Octavio Paz.

Trasladándonos a Cuba, el especialista en el universo digital Dardo Ceballos votó por *El hombre que amaba a los perros*, el exitoso texto de Leonardo Padura.

El ex comandante guerrillero nicaragüense Omar Cabezas fue la elección de la periodista y escritora Adriana Briff (*La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*) y de Gastón Fernández, que trabajó en la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación y recordó *Canción de amor para los hombres*.

Cuando quiero llorar, no lloro, del novelista y poeta venezolano Miguel Otero Silva, fue la elección del guionista de historietas Walter Koza.

Si viajamos hasta Colombia, el emblemático Gabriel García Márquez fue elegido por la abogada Laura Garrone (*La mala*

hora); el autodenominado “cazador de utopías” Daniel Caballero Nonis (*Cien años de soledad*); el docente y escritor Carlos Solero y la actriz y tallerista Marisa Cristina Aguilera (*Ojos de perro azul*); el tenista Guillermo Gianelloni (*La increíble y triste historia de la cándida Eréndira y su abuela desalmada*), y la psicóloga Claudia López y el actor José Luis Jaimés (*El amor en los tiempos del cólera*). El abogado y escritor tucumano Pablo Racedo se quedó con *El olvido que seremos*, de Héctor Abad Faciolince. Y el comerciante Horacio Rosell optó por *Cuando era feliz e indocumentado*, de Plinio Apuleyo Mendoza

Por su parte, el librero Fernando Expósito recordó el ingenio del guatemalteco Augusto Monterroso, con su título *Obras completas (y otros cuentos)*, y el actor Hector Reghitti pensó en *El señor presidente*, del también guatemalteco Miguel Ángel Asturias.

El librero Luis Domínguez se detuvo en el peruano Mario Vargas Llosa: *La tía Julia y el escribidor*.

Entre los chilenos, el fotógrafo y poeta Sergio Antonio Chiappe Riaño se quedó con *La casa de los espíritus*, de Isabel Allende, y la poeta Andrea Ocampo pensó en el excéntrico Pedro Lemebel, por su *Tengo miedo torero*.

Por su parte, el escritor y periodista Carlos Balmaceda se quedó con *El trueno entre las hojas*, del paraguayo Augusto Roa Bastos, y lo acompañó en la elección de pluma el profesor de historia Facundo Manuel Messere, quien eligió *Hijo de hombre*.

Entre los uruguayos, Juan Carlos Onetti resultó ser el hit (mejor no pensar qué hubiera dicho el creador de Larsen si llegaba a leer este último vocablo): la docente Cecilia Belén Nebozuk optó por *Tan triste como ella*, el escritor Omar Maya por *Dejemos hablar al viento*, el librero y psicólogo Walter Parnisari por *Cuando ya no importe* y el poeta Pedro Bollea por *Cuando entonces*. Mientras, la librera Marisa Guevara y su colega Gustavo Cueto recordaron a Armonía Somers y su *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*. El cineasta Modesto López, en tanto, optó por *El rojo en la pluma del loro*, del uruguayo-cubano Daniel Chavarría.

Finalmente, del inmenso y contradictorio Brasil algunos recordaron los clásicos para adolescentes de José Mauro de Vasconcelos, como Mónica Andreani (*Mi planta de naranja lima*) y Pach Mari (*Vamos a calentar el sol*). Raquel Miño fue por otro clásico: *Teresa Batista, cansada de guerra*, del siempre popular Jorge Amado. Y finalmente, la licenciada en relaciones internacionales Carolina Pesuto se jugó por *Cerca del corazón salvaje*, de Clarice Lispector

Y al fin, los argentinos

Los narradores nacionales, en un amplio arco cronológico, fueron elegidos por muchos. Veamos.

Los siempre seductores títulos de Eduardo Mallea fueron la elección del poeta y editor Christian Kupchik, la también poeta

y profesora de francés Ariana Daniele –ambos optaron por *Todo verdor perecerá*–, la escritora y periodista Beatriz Vignoli –*La ciudad junto al río inmóvil*– y el editor Alejandro Russo –*Triste piel del universo*–.

De Leopoldo Marechal se acordaron el abogado Carlos Marcelo Lesgart (*El banquete de Severo Arcangelo*), el diseñador Alejandro Cácharo (*Adán Buenosayres*) y el periodista Matías Loja (que optó por el libro de poesía *Días como flechas*).

El enigmático Macedonio Fernández fue la astuta elección del escritor y agrimensor Eugenio Previgliano: *No toda es vigilia la de los ojos abiertos*.

Ernesto Sabato fue evocado por el narrador Alejandro Hugolini, quien se quedó con ese clásico llamado *Sobre héroes y tumbas*.

La artista plástica Natalia Carrizo se encargó de evocar al cordobés Juan Filloy, amante de los juegos de lenguaje y cuyos títulos tienen siempre la misma cantidad de caracteres: siete. Su elección fue *Caterva*.

Roberto Arlt fue la opción de las docentes Irene Rodríguez y María De Pauli Lopez (*Los siete locos*).

De José Pepe Bianco, fiel ladero de Victoria Ocampo en Sur y gran traductor, se acordó el escritor Hernando Quagliardi (*Sombras suele vestir*). Obviamente no podía faltar Julio Cortázar: la docente Roxana Cudnik apostó por la emblemática *Rayuela* y el poeta Seba Muzzio por *Los astronautas de la cosmopista*, en cuya escritura también intervino la entonces esposa del escritor, Carol Dunlop. Mientras, la docente Cecilia Mirande optó por *Todos los fuegos el fuego*.

El psicólogo José María Gatti, por su parte, evocó una obra escrita en dúo por ese matrimonio tan particular que integraron Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares: *Los que aman, odian*.

El recordado Haroldo Conti fue la elección del poeta y abogado Lisandro González y del vicepresidente de una empresa constructora, Fernando Bianciotti: ambos se inclinaron por *La balada del álamo carolina*. En tanto, el ingeniero agrónomo Fernando Salvañá se quedó con la última novela del gran narrador chacabuenense, *Mascaró, el cazador americano*.

No podía faltar Juan José Saer: la poeta Silvina Elena Guala, el escritor y diseñador Alejandro Levacov y el periodista Jorge Kaplan eligieron *Nadie nada nunca*. Y la docente de literatura María Silvia Berbari se jugó por *Cicatrices*.

La notable novela de Andrés Rivera titulada, también notablemente, *La revolución es un sueño eterno*, fue la opción del narrador y editor del suplemento Radar de Página/12, Claudio Zeiger, de los poetas María del Carmen Colombo y Patricio Raffo, de la escritora María Paula Cerdán y del profesor de literatura Rafael Sevilla.

De Isidoro Blaisten se acordaron la poeta Adriana Borgia, la actriz Celia Parola y el poeta Andrés Pierucci (*Cerrado por melancolía*). En Abelardo Castillo pensó el periodista Carlos Colombo (la oscura novela *El que tiene sed*).

Osvaldo Soriano fue otro destino muy visitado: el escritor y ex futbolista Kurt Lutman y la planificadora publicitaria Virginia Montes eligieron *A sus plantas rendido un león*; Milena Oltra optó por el notable debut del querido *Gordo, Triste, solitario y final*; la novelista Guadalupe Henestrosa se quedó con *No habrá más penas ni olvido*, y el escritor Patricio Cartu Magnano se adueñó de *La hora sin sombra*.

Mientras, el periodista de espectáculos Gabriel Lerman eligió *Nombre de guerra*, de Claudio Zeiger; el productor y locutor Fernando Tami recordó

Flores robadas en los jardines de Quilmes, de Jorge Asís; el experto en literatura argentina Leonardo Berneri votó por *El desierto y su semilla*, del bizarro Jorge Barón Biza, y el productor radial Federico Aicardi se apropió de *Hacé que la noche venga*, de Federico Oyola.

La periodista Anabel Barboza pensó en *Hasta que puedas quererte solo*, de Pablo Ramos. La traductora Agustina Avaro lo hizo en *¿Por qué prohibieron el circo?*, de Mempo Giardinelli. La profesora de literatura Chechu Muñoz sufragó por *El desapego es una manera de querernos*, de Selva Almada. La poeta y tallerista Moli Luna por *El amor es una catástrofe natural*, de Betina González. Analía Reverte, que trabaja en una discográfica, se quedó con *Pájaros en la boca*, de la tan de moda Samantha Schweblin, y de la misma autora la escritora Soledad Plaszczkiewicz votó *Distancia de rescate*.

La escritora y periodista Melina Torres y la periodista Eugenia Langone votaron por el mismo libro: *Los árboles caídos también son el bosque*, de Alejandra Kamiya. Y otra periodista, Sonia Tessa, se jugó por *La ilusión de los mamíferos*, de Julián López. El escritor Manuel Quaranta, por su parte, optó por *El camino de los hiperbóreos*, de Héctor Libertella.

Siempre estuvo cerca

¿Y los rosarinos? Aparecieron, por cierto. La periodista Verónica Solina eligió *Cuando Lidia vivía se quería morir*, de Elvio Gandolfo. Horacio Guardia, que se presenta como “trabajador independiente”, se acordó de *El mundo ha vivido equivocado*, genial título del Negro Roberto Fontanarrosa. La psicoanalista Alejandra Zangla se acordó, en tanto, del irreverente *Matando enanos a garrotazos*, de Alberto Laiseca, que nació en el pago chico.

Nicolás Vila Ortiz, músico e hijo del recordado Gary, se acordó del clásico de Jorge Riestra llamado *Salón de billares*. Y la periodista Mariel Cortez Piñero se quedó con la opera prima de Jorge, *El espantapájaros*, recientemente reeditada por la UNR.

En tanto, las escritoras Mayra Rod y Rosario Spina pensaron en *Es imposible pero podría mentirte*, de Beatriz Vignoli, y el poeta Rubén Vedovaldi y el músico Germán Risemberg expresaron su afecto por el autor de esta nota al elegir, respectivamente, *El ácido en las manos* y *La muerte duplicada*.

Un caso especial lo constituyen los poetas Bernardo Conde Narvaez y Juan Pablo Rodenas, que eligieron libros propios: *Hay que ser fuerte para estar vivo al atardecer* y *Jugaba solo*. Y la especialista en relaciones públicas Guillermina Harvey optó por un libro de su recordado padre, Willy: *El riesgo de lo vivo*.

Filosofía y otras yerbas

Otros lectores se alejaron del campo de la ficción y recalcaron en el ensayo y el discurso científico. Por ejemplo, los periodistas Leo Ricciardino –actual vocero del gobierno provincial– y Carina Bazzoni recordaron ese gran acierto que fue *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, de Marshall Berman, título construido sobre una frase de Karl Marx.

El dirigente agropecuario y escritor Pedro Peretti se volcó, nada casualmente, por *Los condenados de la tierra*, el clásico de Franz Fanon.

La escritora y editora Laura Di Lorenzo optó por *La intuición del instante* “y todos los títulos de Gaston Bachelard”. El director de cine Fernando Krichmar fue a lo seguro y se definió por *Más allá del principio del placer*, de Sigmund Freud.

El periodista Antonio Capriotti se jugó por *El gesto de Héctor*, del italiano Luigi Zoja. El escritor Marco Mizzi fue por *Tristes trópicos*, de Claude Lévi-Strauss. La obstetra Edith Michelotti evocó a José Ingenieros: *El hombre mediocre*. Y ese gran especialista en el dos por cuatro que es Lautaro Kaller no pudo escapar a su pasión: se volcó por *Tango, rebelión y nostalgia*, de aquella escritora tan unida a Rosario llamada Noemí Ulla.

El antropólogo Fabian Fontanella Paladijczuk optó por *La escalada de la insignificancia*, del pensador griego Cornelius Castoriadis. La psicoanalista Rita Barraud se jugó por alguien del palo, el francés J. B. Pontalis, y su *Al margen de las noches*. El poeta Fernando Christian Rodríguez Besel pensó en una obra del Marqués de Sade, *La filosofía en el tocador*.

Ya en pleno terreno de la política, el periodista y músico de rock Andrés Abramowski valoró *Sinceramente*, de Cristina Fernández de Kirchner.

Y en un gesto de lucidez suprema, que merece ser el cierre de esta nota, la artista Florencia Rebord Almagro eligió ese libro imprescindible llamado *Nunca más*.

ETERNA POESÍA

El género al cual muchos consideran mayor en el campo literario, pero que hace décadas carece de repercusión comercial, fue la opción de muchos.

La editora y correctora Carolina Teillier, hija del gran poeta chileno Jorge Teillier, eligió uno de los bellos libros de su padre: *Cartas para reinas de otras primaveras* (sin embargo, como su madre, tras separarse de Jorge, se unió a otro gran escritor, el peruano José María Arguedas, sumó dos notables títulos de este último: *Todas las sangres* y *Los ríos profundos*). La periodista chilena Leyla Ramírez también se jugó por un Teillier de pura cepa: *En el mudo corazón del bosque*.

El historiador Mario Gluck se volcó por *Canto a mí mismo*, de Walt Whitman, también evocado por el músico Fernando Rocha (*Hojas de hierba*).

El también músico Marcelo Ajubita se jugó por *Iluminaciones*, del fulgurante Jean-Arthur Rimbaud. La profesora en literatura Mercedes Roffé optó por *Museo salvaje*, de la pampeana Olga Orozco. La poeta Griselda Riottini se inclinó por una obra mayor, de gran título: *Libro del desasosiego*, del inmenso portugués Fernando Pessoa.

El profesor de filosofía Ricardo Scheffer eligió *Fuerte como la muerte es el amor*, reciente libro de Diana Bellessi.

Celia Fontán, también poeta, se volcó por *Los papeles salvajes*, la obra reunida de la uruguaya Marosa Di Giorgio.

La narradora Lila Gianelloni recordó el audaz *En la masmédula*, de Oliverio Girondo; el poeta Silvio González se jugó por el nicaragüense Joaquín Pasos y su *Canto de guerra de las cosas*; el también vate Norman Petrich evocó *El emperrado corazón amora*, de Juan Gelman; el periodista Lalo Puccio pensó en *Confieso que he vivido*, las memorias de Pablo Neruda, y de Alejandra Pizarnik se acordaron el editor Javier Ferraris (*El infierno musical*) y el acompañante terapéutico Sebastián Alejandro Pérez Pascuas (*La tierra más ajena*).

La licenciada en letras Mariela Molinari eligió *La golosina canibal*, primer libro de Guillermo Piro.

Finalmente, el abogado (trabaja en Derechos Humanos) Matías Gómez optó por *El lenguaje es un revólver para dos*, del peruano Mario Montalbetti.



Cámara de Senadores
de la Provincia
de Santa Fe

2020 | Año homenaje al General Manuel Belgrano



BAROCELLI

El muerto, el mejor de todos

Este junio no es un mes más. El calendario recuerda que es el Bicentenario de la muerte de don Manuel. Cuando todo parece escrito en la historia argentina, hay otra manera de imaginar al General: un retorno en 1982, durante la guerra de Malvinas

Por **Federico Lorenz**

Ilustración: **Carlos Barocelli**

Foto: **Sebastián Vargas**

“Aún hay sol en las bardas”, pensó el general Belgrano.

El recuerdo lo hizo sonreír y reavivó la palidez de sus facciones, congeladas en la enfermedad y las estrecheces de los últimos días. Lo había dicho así, palabras más, palabras menos, en un momento parecido. Con un ejército recién derrotado y el futuro incierto.

Pero este lugar era distinto. Aquí el sol se ponía a la media tarde y el frío parecía entrar en los huesos. Por la noche, la oscuridad era la de la boca de un lobo. Podía percibir el rumor del mar, que traía las voces de ahogados de muchos siglos que reclamaban compañía mientras se echaban a la suerte las vidas de esos infantes atrincherados entre rocas de nombres impronunciables.

El General los conocía a todos y a cada uno. Había recorrido las posiciones una y otra vez para examinar su solidez; se había admirado ante armas desconocidas. Había estado bien cerca de esos soldados, tanto como para ver

el vapor de la respiración que desdibujaba sus rostros pardos, tan parecidos a las de sus propios hombres. Ese era su privilegio de hombre muerto. Belgrano podía ver a los soldados en sus posiciones; pero los vivos solo podían ver a través suyo. Era imposible que distinguieran su guerrera descolorida bajo el capote inglés, sus botas gastadas, sus pantalones roñosos en las rodillas. Los soldados ateridos, hambrientos y muertos de miedo o de fastidio no tenían idea de que el creador de esa bandera que también había visto aletear enloquecida, de la forma que podía, velaba armas con ellos.

Belgrano, privilegio de muerto, podía ver lo que esos jóvenes habían sido, y lo que algunos de ellos serían en unos pocos días. Sin embargo, el comandante del Ejército del Norte ahora no tenía ojos más que para esas rocas grises que se habían enrojecido como un tajo por el sol del oeste, tan parecidas a las quebradas que había recorrido de sur a norte, de norte a

sur, con sus tropas harapientas. Tan parecido, y tan diferente. Ese corte escarlata que ya se apagaba en tonos rosados, como en un relámpago, logró que reviviera el fuego revolucionario en el que había consumido sus afectos, sus bienes, su vida.

Él era Belgrano, solo un nombre que significaba muchas cosas. Pero estaba allí. Sabía quiénes, en esos pozos, morirían muy pronto. Sin embargo, no podía torcer su suerte. Había aceptado esa frustración, el precio por volver, un instante, para ver qué se había hecho de la patria a la que le había dado su vida como quien vende el alma al diablo.

Él, el jacobino.

Él, el devoto que había hecho generala de los Ejércitos a la Virgen, pero que también había fusilado por la espalda a los juramentados de Salta por perjuros. Él, que había ordenado que les cortaran la cabeza para que las vieran los realistas. No, no había dejado nada sin romper; astilla sin quemar, en el fuego sagrado

de la revolución. Nada de fastos para el general, para el secretario del Consulado, para el visionario que tradujo obras que hicieron arder la imaginación revolucionaria y planes para un país que no cuaja.

Un revolucionario, piensa el general macilento mientras sobrevuela unas chapas bajo las que roncan tres hombres, es un ser destinado a la frustración, a que sus padres se lo engullan. Quizás, a comerse a sus hijos.

A tres pasos de distancia respetuosa marcha el tucumano Gómez, el sargento de Tambo Nuevo. Él mismo lo ascendió, y supo después —cuando ambos estuvieron muertos— que lo habían fusilado los realistas porque se había negado a pasarse a ellos. De puro corajudo, había pedido a sus captores que lo soltaran y le dieran un sable. A cambio, lo habían fusilado. Ahora, haces de luz azulina brotan de sus heridas, solo visibles para ellos, los sobrevivientes del Ejército del Norte que visitan la posiciones argentinas en el faldeo del Harriet. Nadie mejor que ese hombre para acompañarlo en esta última batalla.

No es de muchas palabras José Mariano Gómez, pero allí está. A saber, piensa Belgrano, por qué allí. ¿Por qué ellos dos?

—Mi general, ¿qué hace aquí? —había preguntado con sorpresa mientras se cuadraba, cuando se encontraron.

—¿Dónde está escrito que solo los gabachos o los godos pueden venir desde el más allá? —había respondido Belgrano.

No lo han comentado, pero ambos espectros saben que algo están pagando si verán una vez más una derrota. El futuro de la revolución, del país que imaginaron, son esos

soldados frágiles que duermen en los pozos. Morirán, quizás, con el nombre de su patria entre los labios. O puteando, o llorando. Gómez y Belgrano saben que los hombres mueren de distintas formas.

Son bien pobres las almas de los muertos: pueden hacer compañía, saben lo que les sucederá a los que quieren, pero a gatas pueden mover alguna cosita, para que alguien perspicaz piense que hay una señal. Pero ni siquiera él, el creador de la bandera, puede torcer lo que aquí sucederá en pocos días. Diez o doce, más o menos. Dependerá de las fuerzas de esos hombrecitos en uniforme que se hacen un poco más pequeños ante cada bomba que les cae desde el cielo, que les viene desde el mar. Que usan palabras que no entiende, pero a los que abrazaría como propios, tanto le recuerdan a sus pardos. Quizás porque los soldados de todas las guerras se parecen; quizás, pensó, porque esa guerra que él y un grupo de locos habían empezado en 1810 aún no había terminado.

¿Puede ser, después de tanto tiempo? ¿Por qué despertó aquí, ahora, en este nido de presidiarios de los que el traidor Elio sacó refuerzos para hacerle la guerra en 1811? Supo enseguida que había llegado a esas islas ignotas porque iba a suceder algo irreversible. No es para batir el parche. Sabe, porque los muertos tienen el don de la clarividencia, que sobrevendrá una derrota. Muchos de los ahora duermen como pueden morirán. El General suspira, porque algo de lo que él y los suyos quisieron construir quedará enterrado en esas tierras para siempre. Si no, nada tendría que hacer allí. Ha visto la bandera celeste y blanca por todos lados. En ese pueblo extranjero, en

la bahía, y en algunos de los cerros donde esos soldados con cacerolas en la cabeza esperan. Pero ninguno de ellos ha visto al hombre de rostro fino y descarnado, tan rubio que alemán parece, que los mira desde sus ojos heridos de derrotas y victorias frustradas, lo que es lo mismo.

Belgrano y Gómez se han detenido varias veces frente a un pozo en el que duermen seis hombres. Está muy bien hecho. Llega un chorrillo de agua de unas piedras, que los ocupantes descongelan para tomar. Se lavan, se hacen un mate cocido, comparten unos panes que sacan de una bolsa enorme. Y rezan, cómo rezan. Uno de ellos no sabe leer, pero sus compañeros le leen periódicos viejos, alguna carta. Cuesta abajo, Gómez había visto un corral que habían levantado, donde tenían ovejas. Ayer habían carneado una.

—Paraguayos parecen —dijo el General.

Los soldados cocinaron la carne en un horno de latas. Los muertos no pueden oler el aroma dulzón de la turba, pero ven las caras famélicas a la espera de su alimento.

“Todas son miserias en este ejército”, recuerda haber escrito Belgrano. “No dinero, no vestuario, no tabaco, no yerba, no sal, en una palabra: nada que pueda aliviar a esos hermanos de armas sus trabajos ni compensar sus privaciones”. Son iguales a sus hombres. “Para gloria de la Nación hemos visto desnudarse de un triste poncho a algunos que los cubría para resguardar sus armas del agua”.

—Mire cómo han comido, General —había comentado Gómez. El soldado de hierro, el incorruptible, el que había aguantado todas y cada una, como él.



Belgrano lo había mirado de reojo. Entendía la preocupación. Con ese frío, y la panza llena...

–Si sabrá usted lo que es quedarse dormido, ¿eh sargento?

El tucumano se había hinchado de orgullo al ver que el general recordaba su hazaña: fue uno de los tres soldados de avanzada que había desbaratado a los realistas en Tambo Nuevo.

–El que sabe es aquel a quien sorprendimos, mi general –respondió con sencillez.

Ambos habían reído con tristeza pero con ganas. Tan fuerte, que hasta pareció que uno de esos soldados de uniforme verde negruzco los había escuchado.

Alzó la cabeza, y Gómez creyó reconocer a su compañero en esa patriada, el cordobés Albarracín.

–Sargento, ¿usted dice que...?

–General, mírelos qué flacos que están. Se van a dormir y les van a caer. Ni cuenta se van a dar que los degüellan.

–No podemos torcer su destino, Gómez.

Un fulgor avivó los agujeros azulinos del cuerpo de Gómez.

–Yo no digo torcerlo, que solo Dios y la Virgen pueden.

Ambos se miran.

–Yo digo demorarlo un poquito, mi general.

El general sonríe y asiente. Está

cansado pero vale la pena, una vez más, creer.

Se meten en el pozo, hacen un esfuerzo enorme por concentrar todo lo que les queda de seres en las yemas exánimes de sus dedos, que son como trozos de hielo, y tocan los rostros tiznados de sus soldaditos, que se remueven incómodos, pegados al hornillo como lechones a la teta, ahitos de cordero a medio cocer, amontonados para darse calor. Uno de ellos se sobresalta.

Despierta.

Del oeste y el sur llegan gritos y bombazos.

Ya no hay sol en la barda. Es el anochecer del 11 de junio de 1982.

LA BIBLIOTECA PERSONAL DE OLGA Y LETICIA

¿QUÉ LEÍAN LAS MARAVILLOSAS HERMANAS COSSETTINI?

Los 245 libros agrupados en un armario en la casa de la zona norte rosarina donde ambas vivieron hasta su muerte están siendo ordenados y catalogados por un grupo de trabajo coordinado por la emblemática docente Amanda Pacotti

Por **Ricardo Robbins**

Amanda saca la foto como puede porque el entusiasmo que nace del pecho irradia hacia las extremidades. Las tres mujeres que están delante de la cámara empiezan un trabajo que ella considera trascendental, fundamental, como un legado colectivo. Irma y Susana son las especialistas de los archivos, las profesionales. Se ponen los guantes de látex con naturalidad pero Teresa, que tiene una relación más bien afectiva con el objeto de estudio, pelea sin éxito en esa misión inaugural. Detrás de ellas, el tesoro a descubrir: los 245 libros de las hermanas Olga y Leticia Cossettini agrupados en un armario cerrado con candado. La colección de las hermanas que revolucionaron la educación entre 1935 y 1950 en Rosario. No los textos pedagógicos que los analistas diseccionan en otras partes; su literatura, sus pasiones, aquello que las constituía como personas.

¿Por dónde empezar? ¿Qué esconde ese material? ¿Cuántas anotaciones, marcaciones y subrayados contienen esas páginas? ¿Habrán ahí una ventana hacia la profundidad de esas mujeres que inventaron la Escuela Serena o Nueva en la calle doctor Gabriel Carrasco del barrio Alberdi de Rosario?

El camino de los libros

Amanda es Amanda Pacotti: ex alumna de las Cossettini, maestra normal y secretaria de la Biblioteca Popular Juan Bautista Alberdi. Ella conoce el recorrido de esa bibliografía. Antes de descansar juntos en un armario de madera y vidrio de la institución barrial de Zelaya 2079, los ejemplares de las hermanas Cossettini estuvieron divididos. Cuando Leticia murió, en 2004, Chela, su sobrina, no sabía qué hacer con esos paquetes sueltos en la

casa de Chiclana 345.

Todo el material pedagógico de Olga, directora de la Escuela Pública Experimental N° 69 en sus quince años de existencia, y de Leticia, maestra y alma de los talleres, fue derivado al Instituto Rosario de Investigaciones en Ciencias de la Educación (Irice) del Conicet. Los libros vinculados al teatro y los títeres fueron llevados a la Escuela Provincial de Teatro.

Pero los libros personales de las hermanas quedaron dispersos en la casa de la zona norte, donde vivieron desde 1935 hasta su muerte. “Muchos los regalaron. Leticia venía caminando a la biblioteca (unas quince cuerdas desde su casa) hasta 2002 por lo menos, con 98 años, supongo que se escapaba, y traía alguno como donación. Pero esos ejemplares quedaron mezclados con el resto de los sesenta mil de la colección propia”, se lamenta Amanda.



Leticia y Olga en su biblioteca personal.

La generosidad de Leticia parecía no diferenciar entre la expresión oral y la escrita. Ofrendaba sus charlas sin tiempo, con su forma de hablar suave y amorosa, consciente del peso de cada palabra, de las frases que solía envolver con su vaivén de manos de pianista. Pero también replicaba esa nobleza con lo escrito: regalaba libros. “A mí me dio varios. Te decía: «Este es para vos». Incluso tengo uno con una dedicatoria que era para ella”, sigue Amanda.

“Yo también tengo uno que me regaló: *Retrato del artista adolescente*, de James Joyce. Estaba en su bi-

lioteca y era para ella”, suma Teresa Urizar, profesora de letras, ex coordinadora de talleres de creatividad, vecina de Leticia y cofundadora del Complejo Educativo de Alberdi (CEA).

“Una próxima etapa de este trabajo es recolectar todos esos libros prestados y regalados a sus amigos y gente que la visitaba para agruparlos en esta biblioteca personal”, dice Amanda y descubre la lógica del proyecto: se construye a cada paso, con ideas que surgen a medida que se comparte.

Lo cierto es que en 2004 una parte de la colección personal de las

Cossettini fue hacia la biblioteca Alberdi y otra para la Pocho Lepratti (por consejo de Rubén Naranjo). Esas mitades se reunieron en 2019 cuando Carlos Núñez, titular de la Lepratti, le sugirió a Amanda unificarlas. “Fue un gesto de mucha generosidad de él y entonces hicimos un trueque”, destaca Amanda y sigue: “Juntamos todos los libros en un armario aparte. «Ponele un candado que esto es un lujo», me dijeron. Lo hice y quedaron en una sala de lectura aislada. Recién entonces los miré todos juntos y pensé: «¿Qué habrán leído estas mujeres maravillosas?». Revisé y entre sus lecturas ya había un primer feminismo (por ejemplo en *La mujer y su expresión*, de Victoria Ocampo, 1936), también sobre indigenismo en México. Qué increíble su cultura y su amplitud”.

El equipo de trabajo dice que la

idea de la investigación fue de Amanda pero ella afirma que “fueron ellas tres, con su buena estrella”. Asegura que Irma Montalván –profesora de letras, conservadora de museo y ex directora del Museo Histórico Provincial Julio Marc– aportó su visión como especialista en el manejo de archivos. Le dijo: “Si encontramos hilos entre esas lecturas, marcas, y lo estudiamos puede ser un aporte importante”. Susana Fandiño, licenciada en Museología y ex coordinadora cultural del Distrito Norte Villa Hortensia, se detuvo en los cuidados necesarios para la preservación de los ejemplares. Amanda resume: “Yo a uno le puse cinta scotch y ella me retó: «¡No!, que lo arruínas para siempre»”.

Primero fueron los comentarios aislados, después hubo una primera reunión en un bar para coordinar objetivos y en marzo se concretó un primer encuentro, en la biblioteca y frente al armario guardián. Ese fue el día de la foto de los guantes que tomó Amanda. Ninguna de ellas sospechó que no habría una segunda reunión en lo inmediato. Que el material precioso de las Cossettini, como un cofre misterioso y esquivo, se alejaría de sus manos o, para ser más claro y no abusar de la metáfora, ellas tendrían que aislarse en sus casas como consecuencia de un extraño virus.

El enigma de las primeras marcas

El jueves 5 de marzo, a las 9, el deseo, la ansiedad, las dudas y la necesidad de conocerse un poco más entre ellas se mezcló con un primer relevamiento de los libros en la biblioteca Alberdi. Anotaron y ordenaron los 245 títulos con sus autores y editoriales.

Pero sólo llegaron a abrir y revisar el interior de trece de ellos. Cuando veían párrafos señalados al costado, una anotación en lápiz o una página marcada con un boleto antiguo y trozos de papel, se detenían.

En *Gente conmigo*, de Syria Poletti, (Losada, 1964), les llamó la atención la dedicatoria de la autora “a las hermanas Cossettini”. Esa profesora y escritora nacida en Italia les estampó el 28 de mayo de 1968: “¡Gracias por haberme leído; gracias por la emoción de encontrar mi libro en su cálida casa; gracias por el aliento que me dieron por ser ustedes como son...». También constataron una firma ilegible en la primera página de *El viejo vizcachera* de José Hernández (Centro Editor, 1962) y una marca en la tercera hoja que deben volver a revisar.

Notaron dos escritos juntos sobre cine, una de las pasiones de Leticia: *Breve historia del cine argentino* (José Agustín Mahieu, Eudeba, 1966) y *El cine neorrealista italiano* (Giulio Cesare Castello, Eudeba, 1962).



Teresa, Susana e Irma revisan los libros de las hermanas Cossettini en la Biblioteca Alberdi.

El ejemplar sin abrir de *Las cuestiones fundamentales del marxismo* de Jorge Plejanov (Problemas, 1940) les disparó un dilema de cara a la investigación: ¿cuántas de esas obras fueron buscadas o compradas por las hermanas por un interés genuino y cuántas fueron regaladas o atenciones de los propios autores?

En el manuscrito número seis de la lista, *Francia a través de las alambradas* (Bruno Weil, Claridad, 1941), registraron la firma de Cossettini junto al título interior y tres marcaciones en el texto sobre la vida en los campos de concentración: una en la página 121, otra en la 136 (la frase “jóvenes hábitos cotidianos”) y una más en la 155 (la palabra “homosexualidad”).

“Eso estaba subrayado en lápiz. Por ahora yo dejaría entre signos de preguntas esas palabras señaladas. Se trata de una primera aproximación que observamos de un posible interés por un tema”, analiza Irma y agrega: “Nos queda un largo trabajo porque algunos libros nos llevarán a consultar con expertos para tener más datos”. “Creo que solo una primera etapa de relevamiento completo y clasificación nos puede demandar un año de trabajo. Recién después veremos cuáles son esos caminos abiertos para profundizar”, aclara Irma.

La ex directora del Julio Marc viene de documentar la historia del Club Remeros a través de las primeras actas y balances de principios del siglo pasado (en el trabajo *La obra señalada*). Apuesta ahora a construir una prehistoria de la colección de las Cossettini, rastrear los orígenes de esos archivos. Tiene muchos interrogantes sobre ese trabajo pero parte de una certeza sólida: “Una biblioteca personal dice mucho de una persona”.

Cada hermana cumplió un rol con

sus características. Amanda recuerda hoy: “Leticia te invitaba a tomar el té, charlaba mucho, era generosa. Olga era más seria: pasaba y te saludaba con dos palabras. Si a ella le contabas una idea, te decía: «Eso está muy bien pero escribilo». Nos enseñó que lo escrito es la responsabilidad del pensamiento”.

Teresa conoció a Leticia de grande, cuando Olga ya había fallecido, a fines de los ochenta. Vivían a pocas cuadras de distancia en Alberdi y veía pasar a esa mujer de andar liviano, con un ritmo y una luz distinta. Si una grulla de papel caminara sería como ella. Se saludaban. Un día Teresa le contó de los talleres de creatividad que daba a chicos en su casa y la invitó a pasar. Al tiempo, ella fue a Chiclana al 300 a tomar el té característico de la Cossettini menor.

“Leticia fue madrina de esos talleres. En una de esas charlas le dije que tenía la idea de hacer una nueva escuela, el CEA, y ella me respondió: «Por supuesto, eso ya está acá», por lo que veía en los talleres», cuenta Teresa y define: «Ella creía que a través de la palabra, de la poesía y la literatura, se podía llegar a la epifanía, el momento de gracia en donde se descubre el alma profunda de las cosas. Era tan lindo escucharla, con sus relatos o cuando me mostraba esculturas o las fotos con el titiritero Javier Villafañe, que nunca me detuve en la biblioteca que estaba ahí atrás. Ahora puedo descubrir esos libros. De ahí nace mi curiosidad por este trabajo”.

El proyecto de la Carrasco que encendió a varias generaciones de chicos y chicas de Alberdi, de familias acomodadas y de pescadores, de futuros artistas y de laburantes del día a día, se truncó de forma abrupta en agosto de 1950.



El gobierno de Bonfatti expropió la casa de Chiclana 345 para proyectos educativos y talleres culturales. Hoy es “Casa Cossettini”.

LA ESCUELA DE LAS SEÑORITAS OLGA Y LETICIA

Olga Cossettini nació el 18 de agosto de 1898 en San Jorge. Hizo la escuela primaria en Rafaela, donde la familia se había trasladado. Después se fue a Coronda para estudiar en la Escuela Normal. Según la investigación de la Red Cossettini, le dijo a su padre que su futuro iba “para maestra, como vos pá!”. Y Don Antonio, que la llevó en sulky a su nuevo destino, le respondió: “Elegiste un camino nada fácil. Lo primero: los niños. Se es maestro para transformar”. Se recibió el 1º de diciembre de 1914. Su primera escuela de trabajo fue en Sunchales. En 1935 fue designada directora de la escuela Gabriel Carrasco de Rosario. Ahí pudo, junto a su hermana Leticia, también maestra, desarrollar una nueva pedagogía, de puertas abiertas, imaginativa, en donde los chicos y chicas participaran de forma activa y no como víctimas de un programa rígido, marcial por momentos. Un aula (no jaula) vital y sin fronteras.

Leticia se convirtió en el rostro creativo de esa escuela experimental. Encabezó los talleres, sembró poesía y cuentos, la pintura salió de una

clase estanca y lo artístico desbordó hacia todos los contenidos. Los alumnos conquistaron las calles, las barrancas, el río. Imitaron el sonido de las aves y crearon un coro de pájaros; un taller de títeres; y así. “Era una escuela sin filas y sin campanas o timbres, cuando escuchábamos música sabíamos que era hora de salir al patio”; “me dio cosas que mi casa jamás habrían podido darme, una satisfacción de poder aprender y descubrir”; sintetizaron algunos de los ex alumnos, ya adultos, entrevistados en el documental La escuela de la señorita Olga.

Con su estreno en 1991, el audiovisual de Mario Piazza extendió el reconocimiento que aquella experiencia ya tenía en ámbitos pedagógicos. En ese material, Leticia, pelo blanco en rodete y una camisa clara, definió: “Trabajamos con los planes de enseñanza del Estado pero vivificados de forma permanente por una experiencia con la vida circundante: con la gente y las circunstancias; de manera que barrio, paisaje y escuela convivían en una armoniosa fraternidad”.

El encierro y el motor eterno de la infancia

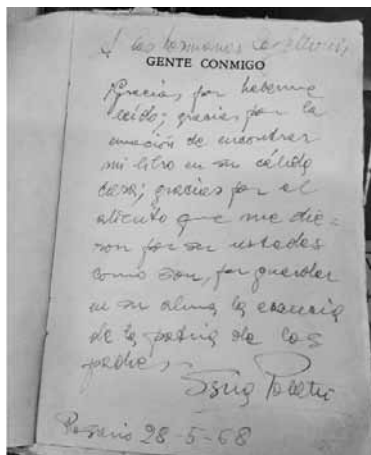
La segunda reunión física de las mujeres con los ejemplares en la biblioteca Alberdi quedó en suspenso. En abril, después de unas semanas de desconcierto por la pandemia del coronavirus y las medidas de aislamiento obligatorio, reanudaron el contacto desde un grupo de Whatsapp y pensaron en acciones concretas para avanzar.

Todas coincidieron que el listado actual de los manuscritos era defectuoso, apenas una simple enumeración, sin ningún tipo de clasificación. Teresa inició esa tarea para catalogar la muestra por categorías: Arte, Antropología, Arqueología, Barrio Alberdi, Cultura, Cine, Cuba, Economía, Filosofía, Historia, Literatura (Argentina, Latinoamericana, Española, Universal y Propia), Mujer, Política, entre otras.

A poco de andar, en la cuarentena hogareña, detectó huecos en su nueva misión. “Empecé a ver autores y títulos desconocidos. Entonces me puse a buscar material de cada uno de ellos para conocerlos”, relata la ex compañera de té de Leticia. En su celular tenía las fotos de la fotocopia con el listado de todos los libros. Y con la otra mano buscaba información en la notebook. Se sorprendió arqueada, incómoda, ridículamente enroscada; y entonces la memoria corporal hizo lo suyo.

Teresa compartió sus sensaciones en el grupo de Whatsapp “LibreTías” (por las iniciales de las cuatro integrantes) y describió que esa “torsión” la hizo recordar: “Cuando era chica y mis padres no estaban en casa, me trepaba a la biblioteca enorme y buscaba en la parte de los libros prohibidos. Los leía arriba, ahí torcida, y después me dolía el cuello”.

El trabajo artesanal y paciente, qui-



Dedicatoria de Syria Poletti “a las hermanas Cossetini”

zás también el efecto del encierro, habilitó –además del interés por las Cossetini en particular– un eco primitivo de la relación con ese objeto de papel y con las bibliotecas en general. Una motivación más profunda. “He tenido un entrenamiento interesante y arduo con la curiosidad por las bibliotecas gracias a la gran colección que dejó mi marido, Guido”, dice Susana y explica que le dedicó mucho tiempo a revisar esos miles de volúmenes de humanística, historia y cine “para tratar de entender que había ahí”.

Ese mismo motor se le encendió con “estas dos mujeres curiosas por el conocimiento y por transmitirlo; esto me ocurre con la gente que tiene una visión de hombre nuevo”, declara Susana.

Irma, en cambio, evoca a un “tío solterón y poeta que viajaba y caminaba y caminaba” que vivía en su casa de la infancia y que la inició en el mundo de la palabra impresa. Los relatos de ese hombre libre, con sus aventuras en faros perdidos y ciudades lejanas, animaban los almuerzos de sus fines de semana.

“Era un lector enloquecido, como trabajaba y no tenía familia para man-

tener, compraba y compraba libros. Tenía paquetes enteros en su habitación. Era apasionante entrar, abrir esos paquetes y descubrirlos envueltos en diarios y atados con piolín”, confiesa al grupo.

Amanda agrega: “Tengo una experiencia muy personal y poco profunda, quizás, porque vengo de una familia que no tuvo biblioteca y de chiquitita veía al Pato Donald o algo de la colección Robin Hood. A mí me abrió al mundo la biblioteca de la escuela Carrasco y una popular que estaba en la calle Freyre. Ahí fue el impacto de tener esa cantidad de libros y esa maravilla. Y ahora me encuentro con la raíz de mi infancia sumado a que alguien puede verla con ojos de especialista. Este trabajo puede ser un documento muy valioso para bucear en los mundos que soñaron estas dos mujeres”.

Irma cierra el intercambio interno y fantasea con el fin de la pandemia y sus muros: “¡Nos perderemos en ese bosque que es esa biblioteca!”.

La tarea de preservar

Mientras Amanda sacaba las únicas dos fotos que existen del inicio de la experiencia aquel jueves de marzo y Teresa era derrotada por unos guantes de látex, Irma y Susana iniciaban la charla para ordenar los pasos a dar. Ellas dos son “las profesionales” del grupo. Se conocieron cuando cursaban en la hoy Escuela de Museología.

“Lo primero a concretar es la catalogación del material. Después veremos la preservación, con diversas tareas de mantenimiento, que no son de conservación, que es otra cosa”, introduce Irma. La preservación consiste en fijar una temperatura, humedad y condiciones de ambiente adecuadas. Mientras que la conservación avanza sobre algu-

na intervención de los objetos, si fueron atacados por insectos o están desencuadernados, por ejemplo.

Susana afirma que el material de trabajo está en buen estado general. Salvo aquel ejemplar que Amanda intentó enmendar con cinta scotch y ella reprobó. “Con la cinta podés resolver un problema inmediato del objeto pero con el tiempo eso se desprende y la goma no sale. Entonces el libro queda marcado”, describe.

“Los de papel orgánico sufren mucho el deterioro y el ataque de bichos”, continúa y agrega que contra la humedad utilizarán silica gel: esas piedritas azules que absorben la humedad y se ponen rosas. “Nos falta revisar todo el material pero no hay incunables y no vi ejemplares tan antiguos; hay algunos de principios de siglo pasado. A primera vista están bien, veremos que sigan manteniendo esas condiciones”, señala.

Tan pequeña que casi no se la ve

El primer testimonio del documental *La escuela de la señorita Olga* (ver aparte) es el de Amanda Pacotti. Ella aclara, a casi tres décadas del estreno, que aquel fue un raro privilegio: “Yo no era del riñón”. El “riñón”, define Amanda, son los ex alumnos que hicieron toda la escuela primaria con las hermanas Cossettini, entre 1935 y 1950. “Yo solo hice hasta segundo grado porque ese año la exoneraron a Olga. La escuela siguió por ese camino unos años más pero sin ellas”, recuerda.

La directora de la Carrasco fue cesanteada por razones “políticas e ideológicas” en agosto de 1950, bajo el gobierno de Juan Perón. Recién en diciembre de 2019, casi 70 años después, la gestión provincial socialista saliente

dejó sin efecto esa norma y selló “un acto de justicia y reparación histórica al desagravio de la señora Cossettini, reconociendo su labor pedagógica, a través del desarrollo de una educación innovadora, de calidad, plural, democrática e igualitaria”. A principios del año pasado, además, la provincia expropió la casa de Chiclana 345 para proyectos educativos y talleres culturales (“Casa Cossettini”).

Olga creía que educar era también enseñar “la realidad cotidiana, desnuda de ilusiones, ayudando a preparar al ciudadano a que sepa luchar para vivir y convivir”, como escribió en 1964. “Cossettini no era solo el arte y el coro de pájaros. Hay una reducción de aquel proyecto a un manojo de anécdotas. Esos fueron sus instrumentos pero lo que ellas transmitían eran los valores de lo cooperativo y la solidaridad. Ellas buscaban despertar un compromiso cívico”, dice Amanda. Y sigue: “Cuando era maestra, en 1921, Olga participó de una huelga para exigir por el escalafón docente. Como en su escuela no les permitieron parar, cortó la campana y la enterró en el patio. Y por eso no hubo clases. Eso está documentado en artículos de diario que encontró el maestro

rural e investigador Álvaro Escobar”.

En una entrevista de 1986 que recoge el documental de Piazza, meses antes de morir, Olga se emociona con su propio legado: “Cuando estos niños (sus ex alumnos) fueron hombres crearon una cooperativa para ellos, una cooperativa de adultos, y cuándo se les preguntó cómo habían tenido esa idea, dijeron: «Lo aprendimos en la escuela de la señorita Olga»”.

Amanda se pone seria: “Ellas eran mucho más que maestras, fueron mujeres comprometidas que trabajaban de maestras. Al revisar la biblioteca personal de ellas, ir sumergiéndonos en la literatura de estas grandes mujeres, va a surgir ese otro lado menos conocido y estudiado. Documentar esto será un paso importante”.

“Si esta historia, tan pequeña que casi no se la ve, pero cuyo hábito se siente, consigue dar el mismo tono de gracia que fluye de las creaciones, de las impresiones, de las imágenes fotográficas y de los claros dibujos de los niños, sabremos que nuestros brazos tendidos hacia la luz se encontrarán con los vuestros”.

Lo escribió Leticia en 1947 para su libro *Teatro de niños*.



Amanda Pacotti junto a Leticia.

Otras dunas, fragmentos nimios

Por Pichi De Benedictis (*)

“Para ella no existían cosas insignificantes, sólo existían cosas que no habían sido observadas con el grado de profundidad necesario para hacer emerger su extrañeza”.

Amelie Nothomb, en Riquete el del copete

A veces siento que uno se convierte en fotógrafo cuando empieza a mirar la realidad circundante sólo para ver qué hay ahí que merezca ser capturado, ese algo desapercibido que aspiramos a ser los primeros en advertir. Fotografiar siempre es tomar un fragmento del todo, ése y no otro.

Primeramente fueron un par de fotos. Enseguida la idea de buscar nimiedades, fotografías sin anécdota ni relato. Después, descubrir que más allá de la simplicidad de su uso vulgar, el término “nimia” era la caja de Pandora ideal para definir la búsqueda como proyecto porque su etimología contempla tanto la idea de lo insignificante como la de lo inmenso. ¿Puede algo ser las dos cosas a la vez?

Nimia es más que el detalle que subvierte a la inmensidad, pero sin ella es nada.

Entonces, la búsqueda y la casualidad se fusionan: el hombre fija la vista en el mar, la mujer la fija en él. Sus miradas se encuentran y entre ellos predomina un abismo de piedras inmensas. Ella lo captura. El fotógrafo observa a los dos y a su entorno y cierra la escena. Los tres conformando un acutángulo perfecto. Fin.

El punto negro en la cúspide de la duna es al-



guien, quizás una mujer, una mujer sin rostro, con una historia indescifrable; una alteración incierta en la monotonía del paisaje. Un grano rojo de la arena amarilla. ¿Importa la precisión del foco? Sí, cuanto más borrosa la figura más misteriosa la imagen (y más bronca da tener un celular en vez del zoom apropiado).



Otras dunas, otras siluetas. La distancia conspira contra su coreografía quizás desafiando al intruso y la voracidad de su cámara. La inmensidad protectora. Tres gaviotas, una pareja, seis marcas en la arena incontenibles dentro la regla de los tres tercios. Lo importante, invisible; el detalle, nimio.

() La fotografía es para Pichi De Benedictis otro de los campos, junto a la música y la gestión cultural, donde expresa su visión del mundo. Ha sabido desarrollar este arte en donde explora diferentes composiciones de la imagen y captura momentos con sutileza y singularidad. Nimia —que Barullo reproduce en exclusiva en estas páginas— es el nombre de su última producción.*



AMBOS MUNDOS

El sentido de todo esto

Por
Miguel
Roig

En un webinar, género que se suma a las series como formato estándar de la cuarentena impuesta por la Covid-19, un recuerdo evocado por Gustavo Santaolalla me llevó a otro, personal. Contaba Santaolalla que siendo adolescente encargó un disco de John Coltrane en la disquería de su barrio. En lugar de una pieza figurativa como *My favorite things* se encontró entre las manos con *Expression*, tal vez la obra más abstracta de Coltrane.

Dice Santaolalla que ponía el disco en su casa y lo quitaba. Volvía a insistir y, en cada intento, escuchaba un poco más. Al final, con el correr de los días, alcanzó la revelación que su curiosidad y el empecinamiento le proporcionaron. Mientras le oía contar esto, llegó desde lejos la imagen de Félix Reinoso cuando, saliendo yo también de la adolescencia, me enfrenté a Bergman.

El primer encuentro con Bergman fue el más traumático porque ni siquiera me sentía capaz de contar con un poco de coherencia lo visto. Fue en el auditorio de Luz y Fuerza, en la calle Paraguay, en el cine club que organizaba Manuel Vega. Proyectaron *Gritos y susurros*. No entendí nada. Una amiga que me acompañó aquella noche, más lúcida que yo, tampoco; con lo cual no podía, siquiera, robarle su experiencia para usarla frente a Félix. Pocos días después supimos que la sesión tuvo una dificultad añadida: el orden de los rollos, durante la proyección, por error, había sido alterado.

En esa época yo colaboraba en la producción de los programas radiales de Félix, era un aprendiz, y tenía la suerte, además de contar con ese trabajo, de viajar con él a Buenos Aires de manera frecuente. Teniendo en cuenta la oscuridad de la época y al ser aún menor de edad, aquellas escapadas, en mi entusiasmo, eran como viajar a Europa. Un mediodía me dejó en la puerta de un cine de Corrientes donde exhibían *Cara a cara*. Esta vez la proyección fue correcta pero tampoco entendí mucho: fue como escalar una pared. Poco a poco, y con la ayuda de las prolíficas funciones de Arteón fui accediendo al mundo *bergmaniano*.

En una plataforma, filmin.es, programan una serie de documentales rodados en la isla de Faro, donde Bergman vivió y murió. El hecho de que tuviera acumuladas casi dos mil cintas del viejo formato VHS, en donde conviven, eclécticamente, Spielberg, Fellini, Tarantino y Dreyer, entre otros,

ha dado pie a un formato interesante en el que se invita a diferentes artistas para que visiten la casa, vean la videoteca y, en definitiva, respiren la intimidad en la que vivía Bergman.

Me llamó la atención el testimonio de Daniel Espinosa, un director sueco, hijo de refugiados chilenos, en el que cuenta que el estreno de *Secretos de un matrimonio*

—primero como serie de televisión y después en una edición para cine— provocó que en un año los divorcios en Suecia se incrementaran un cincuenta por ciento. Ningún realizador, dice Espinosa, logró una revolución social como esta. Se refiere, claro, a los directores de cine político de los setenta.

En esa isla, Faro, en la que Bergman vivía, rodó dos documentales separados por una década. En ambos se ve a los habitantes, gente sencilla, agricultores y pescadores. El contraste es elocuente. En la primera película hay algunos adolescentes hastiados de la isla en su aburrida soledad, manifestando su intención de irse de allí. Años más tarde, la preocupación de Bergman por la pérdida de las tradiciones y el éxodo, se ha convertido en la adaptación feliz de aquellos jóvenes y el goce de una vida sencilla, cómoda en su austeridad. Hay un anciano, en el que Bergman se detiene fascinado, viudo, aislado, un agricultor de manos hábiles, cuyo silencio y serenidad llenan de sentido la experiencia de un cine verdaderamente político.

Visto a la distancia, entender a Bergman es comprender la vida en su sentido más absurdo, es decir, comprender y no entender, el único lugar desde el que se puede abordar la ausencia del sentido que buscamos. Creo que lo expresa el silencio de ese anciano. El regalo de Félix fue iniciarme en esa deriva.

El frío no detiene al Dengue

Ahora es el momento de eliminar la larva.



Vaciá

y colocá boca abajo recipientes que acumulen agua.



Cambiá

periódicamente el agua en floreros y en bebederos.



Mantené

desmalezados y limpios los patios, jardines y canteros.



Evitá

el agua estancada en las alcantarillas, canales y desagües.



Desechá

objetos que no uses y acumulen agua.



Tapá

tanques y depósitos, herméticamente.



Y si tenés síntomas como fiebre alta, dolores musculares, náuseas o vómitos consultá a un médico.

Reforcemos
la prevención

+info:
santafe.
gob.ar

PROVINCIA
DE SANTA FE



EDUARDO D'ANNA, ESCRITOR

“Necesito defender a los demás para defenderme a mí mismo”

Es autor de una vasta obra poética, narrativa y ensayística. La UNR acaba de editarle, en su lujosa colección *Confingere*, dos intensas novelas policiales, que interpelan al lector no solo desde el argumento sino desde el lenguaje. En diálogo con Barullo contó cómo las gestó, rechazó toda forma de individualismo literario y dio su visión de la ciudad, ajena a la complacencia: “Los rosarinos aplauden cualquier cagada, sobre todo si viene de Buenos Aires o Europa”

Por Alicia Salinas

Fotos: Sebastián Vargas

Poeta, ensayista, dramaturgo y traductor, entre otros oficios, Eduardo D'Anna acaba de publicar a los 71 años dos novelas policiales en un solo tomo a través de UNR Editora. Se trata de una saga titulada *Los libros de Homero*, donde a la primera historia –La jueza muerta, escrita y situada en la infame década del noventa del siglo pasado– le sigue su continuación, hasta ahora inédita, *El pobre delicioso*. Las escenas se desarrollan en el lugar que el autor más conoce y desde el que ha producido toda su obra: Rosario.

En cinco décadas de ininterrumpida e intensa actividad, D'Anna ha firmado más de veinte libros de poemas, cuentos para niños, piezas teatrales y ensayos que indagan en la identidad literaria rosarina y santafesina. Es dueño de una voz que les pone el oído y la pluma a la lengua popular, a la oralidad, a las perspectivas de los llamados “ciudadanos de a pie”, más allá del género que esa voz elija para plasmarse. En sus textos no pretende un decir grandilocuente o erudito, aunque aborde dilemas profundos, sino más bien coloquial y hasta familiar. Esa impronta atraviesa el devenir del protagonista –Homero,

un abogado de clase media en apuros– y el de los personajes con los que se cruza en su periplo. Mejor dicho, en su odisea.

La reciente producción, reunida en un volumen de casi cuatrocientas páginas, se ubicó en la colección *Confingere* del sello universitario, que también integran entre otras las obras de Jorge Riestra y Mirko Buchin. Fue presentada a fines de diciembre pasado y ahora D'Anna espera que vaya al encuentro de sus lectores, mientras corrige tres libros de poesía que cerró en 2019. En esta extensa conversación, revela las condiciones disímiles en las que alumbró cada novela, repasa algunas claves y habla de su presente con palabras sencillas, una pizca de humor y otra de ironía, sobre la borra del café y envuelto en el humo de múltiples cigarrillos rubios. Es decir, en su mejor estilo.

–¿Por qué decidiste incursionar en la novela?

–Es una fantasía de casi todos los poetas, porque la novela tiene otra difusión y suele tener más éxito de público. Así que siempre está latente esa posibilidad, algunos la realizan y otros no. Yo desde chiquito quería escribir una novela porque leía las de la colección

Robin Hood, las de Salgari. Me frustré porque empecé una y la terminé en ocho páginas.

—¿Habría sido un cuento?

A los ocho años no tenés noción del tiempo, de cómo funciona, qué es lo que se necesita para escribir una novela. Me decía: “¿Cómo puede ser que haya gente que escribe 200 páginas y yo no paso de ocho, además con una letra grande?”. Y lo abandoné. Pero en los años noventa reapareció: se armó un concurso provincial, el jurado parecía interesante... Yo tenía un capítulo escrito para una novela policial que nunca había continuado, ahí me apareció el final y dije: “Bueno, la escribo. Me falta meter lo del medio” (risas). Y en un par de meses salió La jueza muerta.

Al final con el concurso no pasó nada pero tuve suerte porque el Negro Fontanarrosa de casualidad se la llevó a (Daniel) Divinsky, el dueño de Ediciones de la Flor. Divinsky estaba aburrido en la Feria del Libro de Buenos Aires, la leyó y le gustó. Salió en 2001 durante el gobierno de Rodríguez Saa, cuando la gente por la crisis no compraba ni una cajita de fósforos. Después se fue vendiendo paulatinamente al punto de que se agotó la edición de dos mil ejemplares. La segunda parte la escribí como una continuación cuando supe que publicarían la primera, pero nunca apareció porque cambiaron las condiciones económicas: a De la Flor le convenía editar autores clásicos argentinos a los que no debía pagarles derechos —por ejemplo Martín Fierro o Una excursión a los indios ranqueles— y vender los libros afuera, porque el precio del dólar había subido. Los autores locales no le interesaban tanto así que nunca más tuve la oportunidad, hasta que la UNR me ofreció publicar las dos juntas.

—¿Cómo fue el proceso de escritura de La jueza muerta?

—La escribí en ómnibus, en hoteles, donde podía. Seguí un plan muy riguroso porque era la primera novela y debía cuidar la extensión, el desenvolvimiento.

—Ya habías adquirido noción del tiempo...

—Sí, tenía cerca de cincuenta años (risas).

—¿De dónde surgió el argumento?

—Lo inventé. Aunque me pareció prudente escribir sobre un ámbito que conocía bien, por eso el protagonista es abogado y muchas circunstancias transcurren en los Tribunales, donde yo ejercía la profesión.

—¿Compartiste el material después de escribirlo?

—Con amigos, escritores y de otras profesiones. No me sentía seguro y además siempre nuestro lo que hago —no es que vaya a dar bola estricta pero me gusta escuchar las opiniones. Me di cuenta de que la novela funcionaba, que los enganchaba, y eso me dio cierta tranquilidad. La leyó entre otros Hugo Diz, un tipo muy bestia, así que me interesaba su opinión. Y me interesaba ver cómo funcionaba el personaje con las mujeres. Porque es un poco cínico respecto de la mujer, no

sé cómo lo ves vos...

—Y... es muy patriarcal.

—Sí, bastante machirulo. Y bien burgués. Un tipo que se quiere salvar pero no a través de la transformación de la sociedad sino de la amante, se encuentra con la situación con la que se encuentra y no sabe más que desesperarse. Entre paréntesis el organizador del concurso me dio bajo cuerda el dictamen de uno de los prejurados sobre mi novela, que era sumamente negativo y de muy mala leche. Era una mina, no me quiso decir quién. Había dos o tres observaciones que me parecieron correctas y las incorporé, corregí bastante. Es que se habían deslizado algunos errores, cosas cursis; siempre pasa porque es muy complejo el proceso, dura varios meses. No es como el poema que mantenés el estado de ánimo hasta terminarlo, acá un día te puede doler el estómago. Son procedimientos diferentes, tenés que ir manteniendo una atmósfera narrativa. Me han pasado cosas graciosas como a todos los novelistas, a tipos mucho mejores que yo. Por ejemplo la casa del protagonista en un momento estaba en el primer piso y de repente en planta baja. Me lo señaló un amigo arquitecto y lo corregí, fue fácil porque en vez de decir “subió la escalera” puse “atravesé el pasillo” y ya está.

—La historia tiene rasgos autobiográficos que no tuviste prurito en incorporar.

—No quería apartarme demasiado de lo que sabía. Si invento un personaje que es colla y vive en el cerro voy a tener un montón de problemas, en cambio así no soy yo pero a muchas de las actividades las realizaba todos los días. Me resultó más fácil describirlas.

—Y tuvo buena repercusión...

—Sí. Ahora no sé qué pasara, lo importante para mí es haber podido publicar las novelas.

—¿Cómo llegaste a la UNR?

Le había mandado al editor (Nicolás Manzi) un trabajo crítico que no le interesó pero escuchó hablar de las novelas y me las pidió. Tomó la decisión de incluirlas en una colección donde hay autores jóvenes pero también está la obra de Riestra, la de (Rodolfo) Vinacua. Salieron las dos juntas, la primera sin ningún cambio. Así que me pareció interesante, estoy contento.

—Esperando las repercusiones... ¿o no te importan?

—No como me importaban cuando saqué La jueza muerta. Por mi experiencia en obras del pasado rosarino, creo que Los libros de Homero va a quedar, se seguirá leyendo. Pero vos viste, nuestra literatura es periférica; cualquier pelotudo vende mucho más en Buenos Aires y es best seller. Son cosas que uno conoce pero no puede cambiar individualmente.

—¿De dónde viene el título El pobre delicioso?

—De Las Delicias, porque transcurre en ese barrio (de la zona sur). Es un título raro que me gustó, como parte de mi fantasía: la primera novela se vendía un montón, Divinsky

me pedía otra y yo debía tener una lista. Cosas que se piensan cuando sos joven.

–Estabas entusiasmado...

–Sí, también lo estoy ahora. Lo que pasa es que ahora me centro en que lea el libro la gente que yo quiero que lo lea. He visto tantos best sellers horribles que no creo que una gran venta signifique gran cosa. Me interesa más que las novelas tengan repercusiones en Rosario. He estudiado el fenómeno y no creo que ir a la conquista de Buenos Aires sirva de mucho, aun cuando triunfes entre comillas. Es mejor triunfar acá.

–Dicen que los rosarinos son exigentes.

–No te creas. Aplauden cualquier cagada, sobre todo si viene de Buenos Aires o Europa. Con respecto a lo que se produce acá, no saben muy bien cómo deben juzgar las obras, no tienen valores propios. Puede que eso dé la impresión de que son exigentes pero no es así.

–Es extraño y grato que una ficción se desenvuelva en nuestra ciudad.

–De todos modos no soy el primero que lo hace. Hay antecedentes ilustres como (Rosa) Wernicke y Riestra, que han abierto el camino.

–Tampoco hace tanto.

–Claro, nuestra literatura –salvo algunas obras excepcionales– si tiene cien años es mucho.

–¿Tenés referentes locales en novela?

–Mis referentes están afuera y adentro. Conozco bien la obra de los novelistas de Rosario como Wernicke, Riestra y (Angélica) Gorodischer, por supuesto lo que me gustaba de ellos lo usé un poco de modelo. No quiero decir con esto que han sido copias sino que los tuve presentes y ayudaron a la escritura. Se va creando una tradición narrativa que ayuda.

–Es bueno sentirse parte de algo, no estar en el aire.

–Totalmente. También me interesan otras narrativas. Creo que (Juan José) Saer puede haber influido bastante en cuanto a eso de lo local porque si bien no es rosarino, da cuenta de una atmósfera de la provincia que en Rosario también se da.

Obras bajo la lupa

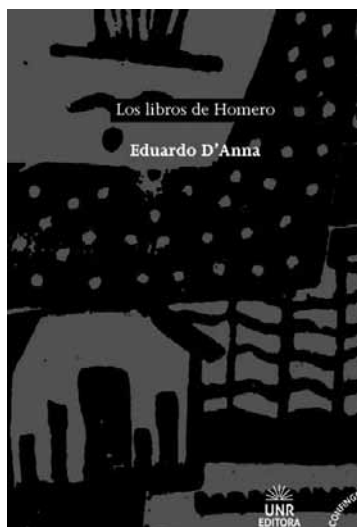
Con prólogo de Roberto Fontanarrosa, *La jueza muerta* es una parodia de novela policial negra que se desenvuelve en un solo día en algún momento del primer menemismo. Se respira el clima de la época y no solo porque aparezca mencionada la vigencia del uno a uno y otros elementos entonces de actualidad, hoy históricos, sino por el juego con las alusiones, al punto de

que por momentos el lector se queda pensando: “¿Esto fue real?”. D’Anna eligió precisar algunas cosas y difuminar otras, pero ya no es tan importante determinar esos datos: más o menos explícitos, tienen la virtud de adentrar en el relato, sobre todo a los rosarinos y, en un sentido amplio, a los argentinos.

Los personajes tienen un habla muy natural y entablan diálogos fluidos, no impostados, lo cual genera plasticidad, acercamiento e identificación. “Hablan como hablamos nosotros porque son novelas contemporáneas”, advierte D’Anna. El humor ayuda, sobre todo en la primera parte, en cambio la secuela es más sórdida. “La escritura de *El pobre delicioso* fue muy distinta a la anterior. Yo había trabajado políticamente cerca del barrio Las Delicias pero no conozco la vida de los villeros y los cartoneros más de lo que la podés conocer vos”, advierte D’Anna. “La casa donde vive Aristides (en la calle Ombú) la saqué de una de Rincón en Santa Fe, me moví con más libertad. Los personajes y la acción me fueron llevando y era muy placentero”, recuerda. La diferencia radica en que no había un plan prefijado.

Los libros de Homero albergan cuestiones metafóricas que pueden entenderse no solo como dilemas personales sino colectivos. De hecho Aristides es un expolicía que actuó durante la última dictadura cívico-militar “y mira a la Argentina desde una perspectiva muy estereotipada. A su vez odia porque lo dejaron de lado. En esa contradicción está la vida del personaje”, aporta D’Anna, quien se basó en el tristemente célebre represor rosarino Telémaco Ojeda para armar esta figura tan bizarra.

“Una vez fui por una medida judicial a una casa muy humilde, cosa que me rompía las bolas pero la tenía que hacer, y me topé con un ex cana que había sido del grupo de Telémaco Ojeda, un torturador de fines de los sesenta, y antes también a cargo de la sección Robos y Hurtos. Ahí la tortura a los choritos era permanente, no la que vino durante el Proceso contra los presos políticos pero de todas maneras la picana y esas cosas se admitían, por eso después terminamos como terminamos”, rememora. “Ya en democracia a los miembros del grupo los mandaron a la mierda. Muchos de ellos quedaron en una situación de gran pobreza como este tipo al que yo le fui a embargar un televisor manchado con helado; eso fue muchos años antes de escribir la novela y me impactó. Un tipo que tuvo tanto poder, el de destruir el ser físico de otro en la tortura, y después vive una vida miserable, no llegando a fin de mes; eso siempre me fascinó”, admite el autor sobre esas imágenes de la vida cotidiana que irrumpen para impregnar y pueden convertirse en el germen de algo, incluso a largo plazo.



La jueza muerta es una historia relatada por Homero, una especie de antihéroe, tras descubrir la muerte de su amante. Aunque en algunos pocos capítulos aparece otra voz, ésta habla en primera persona también. El punto de vista cambiará en El pobre delicioso. “Sabía desde el primer momento que lo que iba a pasarle a Homero no podía contarse en primera persona porque él mismo no lo entendía”, explica D’Anna. “Hay una necesidad de verlo desde afuera, cosas que no se pueden decir y no se dicen. El narrador en un momento afirma: «No nos imaginamos lo que puede haber pensado Homero». Es un narrador omnisciente pero no tanto como para saber lo que el personaje está pensando y esas cosas”, agrega, y confiesa que “no quería hacer un narrador a lo Balzac, que viene un tipo por la calle y sabe todo sobre su familia, por ejemplo. Eso es de otra época”.

Una infidencia: el nombre del personaje no es Homero, sino el apodo que le pusieron sus hijos en honor al famoso padre de la serie Los Simpson. Tampoco corresponde “al inmortal poeta muerto, como diría el Negro Fontanarrosa. El verdadero nombre es secreto, algo que los lectores no deben saber y el autor tampoco”, desliza D’Anna, aunque la connotación es directa con el creador de la *Odisea*. Y en ambas novelas hay algo de la odisea, del retorno al hogar.

Hoy y mañana

Además de la abogacía, D’Anna ejerció la docencia en el nivel secundario y terciario (se jubiló respectivamente en 2012 y 2016), pero sobre todo es un escritor que no cesó de producir desde que comenzó a publicar. Su primer libro de poesía, *Muy muy que digamos*, salió a la cancha en 1967 y desde entonces ha escrito más de dos mil poemas. Sin embargo dice que por ahora suspende las aventuras de Homero. “La tercera parte no me sale y tampoco la quiero hacer porque ya hay suficiente misterio”, dispara.

“No creo que una novela deba develar todo sino que debe haber un espacio para que el lector se rompa un poco el mate por su cuenta. Intenté con otro tema pero me aburrí y no seguí, imaginate si me aburrí a mí qué pasará con los demás. El año pasado escribí tres libros de poesía y ahora los corrijo un poco. Estoy tratando de ver si alguien me los publica”, comenta, seguro de su oficio, que incluye también el dictado de talleres.

“Durante el gobierno de Macri tuve que interrumpir como dos años porque la gente no tenía dinero, era un desastre, pero en 2019 y a un precio más bajo funcionó mejor. Ya había empezado a salir el sol”, detalla D’Anna, y describe características de su pedagogía. “No digo lo que hay que hacer ni dirijo ni propongo ejercicios, es más un pretexto para desarrollar un discurso sobre la literatura. Trabajamos sobre materiales, a veces de los propios talleristas. Me encargo de

transmitir pero también hay que prestar aliento para que la gente se descartone y hable”.

–Sos un militante de la literatura rosarina.

–Como escribo acá me preocupo por lo que pasa acá, por la cultura en general. No preocuparse podría ser el pasaporte más claro al olvido, estamos en el mismo barco. Necesito defender a los demás para defenderme a mí mismo, lo que yo hago, porque es todos o ninguno. Cuando digo todos no quiere decir un boludo que escribe mal, pero hay cuarenta o cincuenta tipos que escriben bien. Y no se va a salvar uno solo.

–Decís que no te desvela Buenos Aires, ¿y el resto del país?

–Lo que no me interesa es esa trascendencia que anula las otras posibilidades, por eso me interesa el interior. Yo tengo muy buena acogida en Córdoba, siempre la tuve con la poesía, al punto de que muchos de mis libros de poesía se editaron en Córdoba. En general me dan más bola que acá. Ahora estoy intentando un acercamiento con los escritores de Santa Fe para saldar esa grieta que es mucho más difícil que la otra de la que se habla siempre y mucho más vieja: la diferencia entre Rosario y Santa Fe, que nos caga totalmente. Hay que superarla.

–Una grieta que abarca muchos aspectos.

–Sí, yo me ocupo de la literatura que es el ámbito en el que estoy, porque noto que la gente de la ciudad de Córdoba sabe lo que se hace en Río Cuarto, en Villa María, pero entre Santa Fe y Rosario hay un abismo de indiferencia que nos perjudica por completo.

–Córdoba está más integrada.

–Sí, igual creo que nosotros estamos en mejores condiciones porque esa integración que por un lado es buena también perjudica: hay un sector reaccionario que los cordobeses llaman los beaaaatos, es decir los chupacirios, y tiene mucha influencia en toda la provincia; en cambio los beatos de Santa Fe no influyen mucho en Rosario.

–¿Vas a las presentaciones de libros, a las lecturas? ¿Te invitan a leer?

–Me invitan poco porque generalmente los organizadores son de otras generaciones. Estoy activo en el campo literario, pasa que la gente joven hace las presentaciones a las nueve de la noche en vez de a las siete, comen una porquería en el restobar donde se hace la presentación y toman vodka con kerosén. Mis viejos amigos, con los cuales yo iba y después salíamos a comer, o se han muerto o están de baja. Entonces a veces me siento un poco solo a pesar de que tengo amigos jóvenes. Me ha tocado irme calladamente de las presentaciones en vez de seguir la joda que antes me gustaba tanto. Era un momento de intercambio de ideas.

–Todo eso que también hace a la escena.

–Claro, generalmente me encuentro con mucho respeto pero somos de mundos un poco distintos. Eso hay que aceptarlo y bueno, por eso uno escribe, para saltar generaciones.

7 DE FEBRERO DE 1921

Un trapo rojo en el Palacio Municipal

Por **Rafael Ielpi**

Mientras la ciudad se entretenía, sobre todo por las noches, con los vaivenes jocosos y entretenidos del Carnaval cuyo festejo correspondía ese año a la primera semana de febrero, se concretaba, el siete de ese mes, un episodio singular pero poco conocido que no dejaría otra huella perdurable que la de su inclusión en alguna cronología histórica de la ciudad. Mayor espacio en la historia santafesina tendrían la gran huelga de La Forestal en Villa Ocampo, Villa Guillermina, Villa Ana y otras localidades del norte de la provincia, reprimidas por el cuerpo de sicarios de la empresa británica (la llamada “Gendarmería volante”) e integrantes de la Liga Patriótica, y los ecos de las recientes huelgas de la Patagonia, con su secuela de asesinatos de peones por parte del ejército.

En Rosario, mientras tanto, la Municipalidad encaraba un programa de duro ajuste que incluía el despido de personal en áreas como el Matadero y la de limpieza, que nucleaba a los barrenderos, así como la de maestranza, a lo que se sumaba

una deuda salarial que dio origen a una huelga de dichos trabajadores. No estaban solos ya que simultáneamente tomaron la misma decisión los maestros, ferroviarios y los choferes de taxis. El intendente Federico Schleisinger no había contribuido mucho a la solución del conflicto ni a la adhesión de los rosarinos al viajar a Las Rosas, al parecer sin otro motivo –según la prensa– que “dar un paseo”; antes de partir, se encargó de decretar que ese año no se celebrarían los festejos del Carnaval.

Fue en ese marco de agitación social que la Federación Obrera Provincial, una de las organizaciones donde tenía mayoría el movimiento anarquista, llamó a una huelga general en Rosario para el 5 de febrero, al que adhirieron una veintena de gremios. El diario Santa Fe informaba el 8 de febrero que la huelga general desarróllase con calma, no habiéndose producido incidentes de sangre de mayor consideración, como consignara en septiembre de 2016, la página oficial del PCR (Partido Comunista Revolucionario).

En una nota publicada el 16 de noviembre de 2016, el diario El Ciudadano enmarca ese momento: la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa fueron dos acontecimientos que tuvieron una honda repercusión en la Argentina como en la ciudad de Rosario. Por ese entonces, la ciudad se había convertido en la segunda urbe en importancia a nivel nacional porque era el enclave agroexportador de una región netamente agrícola. Su población (alrededor de 200 mil habitantes en 1914) era muy cosmopolita porque el 47 por ciento estaba compuesto por extranjeros, y del resto, gran parte eran segunda o tercera generación de inmigrantes. Además, la llamada “Fenicia argentina” nucleaba a gran parte de trabajadores porque uno de cada tres habitantes santafesinos vendía su fuerza de trabajo en Rosario.

El 7 de febrero, durante el “lunes de carnestolendas”, se produce el episodio recordado: un grupo integrado por estudiantes de Medicina y obreros anarquistas deciden (y con-

cretan) la toma del Palacio Municipal, cerca de las seis de la mañana: reducen al portero e ingresan al Salón Carrasco, aledaño al despacho de intendente. La intención –afirma El Ciudadano– era instalar un gobierno proletario, un soviét rosarino que duraría escasas ocho horas, sentaría las bases de una anhelada unidad obrero-estudiantil que recién se reiteraría 48 años después con el Rosarizao, y alcanzaría a rubricar algunos decretos que iban desde el desplazamiento del intendente Schleisinger al cierre del Concejo Deliberante y la suspensión del cobro de impuestos.

La mencionada página del PCR agrega: “Además, delegaron en la Federación Obrera la designación de un nuevo intendente, y nombraron un nuevo secretario de la intendencia, un tesorero, un contador, un asesor, un inspector general así como nuevos directores de asistencia pública y de todos los nosocomios ligados a esta área”.

Los responsables del intento de concreción de lo que el programa “Historia secreta”, conducido por las historiadoras María Julia Oliván y Alejandra Monserrat, llamó una Comuna Libertaria eran ocho estudiantes, tres electricistas, dos panaderos, tres empleados, un pintor, un telegrafista y tres jornaleros, estos últimos al parecer trabajadores de los hornos de ladrillo de la zona oeste: Ricardo y Carlos Chaminaud (reconocidos estudiantes de militancia ácrata), Felipe Morales, Armando Roche, Luis Tafalta, Saturnino Ricardo, Lorenzo Biamino, Adolfo Gómez, Telémaco Giorgiades, José Manuel Dumas, Francisco Schor, Carlos Ábalos, Carlos Oliva, Antonio Zemberg, Manuel Martínez, Antonio Ferreira y José Siembre, aunque

algunos consignan que fueron 19 y otros 21 los responsables de la toma.

Pero sería una decisión de los ocupantes la que contribuyó a sembrar la semilla de la confusión y a generar escalofríos en más de uno: la de izar en el mástil del frente de la Municipalidad, en reemplazo de la argentina, una bandera roja, según la página de la Federación Anarquista de Rosario el 6 de noviembre de 2013, improvisada con el forro del capot perteneciente al coche de Ricardo Chaminaud. Fue ese hecho el que decidió la intervención del Regimiento 11 de Infantería y el cuerpo de bomberos que, ante la escasez de hombres y armas de los ocupantes, logró reducir al grupo, al que condujo a pie por calle Santa Fe hasta la Jefatura de Policía.

En su recurrida Historia de Rosario, Juan Álvarez resume aquella toma en pocas líneas: “Órdenes sucesivas del intruso “lord mayor” suspenden la vigencia de los impuestos como primera medida del mejoramiento de las condiciones de los pobres. Este gobierno de opereta alcanzó a durar hora y media. Apercebido el jefe del Regimiento 11 de línea, bastaron pocos soldados para apabullar a los bromistas, que no otra cosa eran, arrióse la revolucionaria insignia y un piquete de bomberos condujoles en tropel a la Alcaldía”. Sin embargo, Álvarez deja traslucir la opinión de la conservadora clase alta de la ciudad, de la que él era también un exponente destacado: “Advirtamos que dar a sus excesos cierto tinte de jarana y burla constituía una de las tácticas de los agitadores, sirviéndoles para presentarse bajo cariz más inofensivo, del mismo modo que usaban al gremio estudiantil como embotante

almohada contra represiones policiales”.

Un colofón tampoco demasiado conocido: los “asaltantes”, como los definió alguna prensa de la época, tuvieron dos defensores que lograron su pronta liberación: uno de ellos fue Rafael Bielsa, un abogado de 32 años que sería luego un gran referente del derecho administrativo en el país; el otro, Claudio Newell, que había viajado a Santa Fe para pedir al gobernador el cambio de la política municipal en Rosario a cargo de Schleisinger –un afiliado a la UCR como él y que fuera intendente apenas 41 días–, a quien reemplazó desde el 10 de febrero al 2 de mayo de 1921, otros escasos 80 días. La mencionada nota de El Ciudadano recuerda: “La acción revolucionaria no fue derrotada totalmente. A pesar de haber sido detenidos, los revolucionarios encontraron defensores. Claudio Newell, junto al secretario de la Municipalidad y amigo, el jurista Rafael Bielsa, recientemente llegado a Rosario, tomó la defensa de los libertarios detenidos y rechazaron que el ajuste de las cuentas de la ciudad fuera pagado por los obreros municipales”. Juan Álvarez (quien deportó a varios obreros con la Ley de Residencia) intentó burlarse de los revolucionarios y expresó: “El episodio grotesco de la huelga de 1921 muestra cuán bajo estaba cayendo el respeto a las autoridades locales”.

El artículo del diario rosarino acierta al puntualizar: “La burla de Álvarez y el olvido desvirtuaron un acontecimiento de la historia de Rosario que es necesario rescatar y analizar, más allá del simple hecho, como una expresión de la sociedad de entonces”.

Algo azul

Por **Gabriela Gervasoni**

Ilustración: **Max Cachimba**

Apenas el playero preguntó cuánto combustible iba a cargar la mujer sintió que pasaba algo raro. Había una tensión que no llegó a identificar bien. El muchacho destapó el tanque de nafta y comenzó a cargarlo. Llevaba puestos una remera y un gorro rojos, con el logo de la estación de servicio. Mientras hacía su trabajo no miraba el contador de litros de combustible, miraba hacia la esquina. El empleado de pelo rojizo que cargaba nafta al lado dirigía su atención hacia la misma ochava que su compañero. Sobre todo cuando el semáforo detenía los autos le echaban un vistazo a algo que estaba del otro lado y ella no podía divisar.

Patricia revisó su celular apoyada sobre el capot. Leyó que su madre la esperaba a cenar. Todo en minúsculas y con letras de más y de menos; así escribía su madre sin lentes y con dedos deformados por la artritis. Sandra le pedía un par de aros de color azul para usar el día de su casamiento, pero si no había se conformaba con algo azul, cualquier cosa de ese color para cumplir con la cábala. Pueden ser aritos, un anillo, lo más lindo que tengas en el taller, le había escrito. El mensaje finalizaba con el emoticón de dos manos suplicantes. También vio el mail del banco recordándole el vencimiento de su tarjeta de crédito. Guardó el teléfono y se reincorporó. No logró detectar qué pasaba, salvo que ahora eran dos empleados y la encargada los que hacían sus tareas con los ojos puestos en la esquina.

–Tengo el turno de las dos y media para el cambio de aceite. ¿Te lo dejo?

–Tardaré unos veinte minutos. Si quiere aprovechar le doy el vale para que lo espere tomándose un café.

–Bueno, te espero. ¿Adónde lo estaciono?

–Corramelo para allá atrás; o lo nuevo yo si quiere.

El playero estacionó el auto a unos metros de donde estaba y, otra vez, al bajar, volvió a mirar hacia la esquina.

Dentro del minimarket de la estación de servicio la tensión persistía. Patricia pidió un cortado y se llevó el diario a la mesa. El horóscopo le confirmaba que sus dudas e indecisiones la afectarían mentalmente, le aconsejaba no desesperar porque de a poco se revertiría esa tendencia negativa. Capricornio es así, pensó.

–Sí, sí, está ahí. Sigue ahí –la encargada del lugar hablaba por teléfono con alguien–. Estoy segura. Yo no me moví ni un minuto de acá.

Uno de los playeros entró, cruzó su mirada con la encargada y levantó las cejas como preguntando algo.

–Dice que esperemos. Yo aguanto cinco minutos más y llamo al Comando.

–Hacé como te dice él, que sea su responsabilidad. O que venga, decile que venga y se haga cargo, loco.

–Ya me dijo que ahora no puede venir. ¿Lito qué dice?

–Está haciendo un cambio de aceite, ahora le pregunto.

El diario parecía una copia del de ayer, antes de ayer, el mes pasado y el año pasado. El dólar, un accidente de tránsito, megaoperativo de drogas, el fútbol y los índices de la Bolsa. Siempre lo mismo. Eran las dos y media de la tarde y podía quedarse escondida ahí hasta las tres, así que lamentó no haber tenido algo para leer. Sobrevoló como una mera espectadora algunos grupos de whatsapp (yoga, Bariloche 93, Familia) y volvió a apagarlo. Le faltaba esa energía especial que hay que tener para participar de los grupos de whatsapp aunque no haya nada que decir.

Afuera su auto sigue donde lo estacionó el playero.

–¿Me podés decir qué lee? ¿Los volantes del piso?

–Se hace el que lee. Miralo, miralo, ahora se agarra del poste.

–¿Vos decís que es una batida?

–Ariana: falta que se ponga un cartel. Fijate lo inquieto que está. Sí, seguro, nos debe venir marcando desde hace mucho y nosotros no nos dimos cuenta.

La venta de una botella de agua mineral interrumpe el diálogo.

–Mirá, mirá, ahora va para mitad de cuadra. Si estuviera esperando el bondi ya se hubiera ido. Pasaron todos.

–Todos no –dice el empleado pelirrojo–. Falta el 35, el que va a San Lorenzo y a los pueblos de por ahí.

–Ah, a lo mejor se toma ese, tenés razón.

Patricia nota la preocupación en la cara de los dos cuando el sonido pesado del interurbano, el 35, pasa por la calle lateral. Siguen con los ojos el recorrido del micro, después observan la otra esquina y finalmente vuelven a mirarse.

Pasa algo, piensa, la mujer. Busca el punto exacto en el que desembocan todas las miradas. Los empleados se ubican en lugares diferentes pero orientan las cabezas en el mismo sentido: la parada del colectivo, el poste azul plantado a unos treinta metros de donde está ella ahora. Sobre el umbral de una casa hay alguien sentado.

–Llamá, llamá, Ariana, mejor que sobre y no que falte.

–Sí, pasaron siete minutos. Yo controlé –dice la encargada haciendo repiquetear el dedo índice sobre la tapa de su reloj–. Son las catorce treinta y siete. No, treinta y ocho.



Todavía le queda algo del cortado liviano que le prepararon. Simula leer el diario pero perdió atención en él y en sí misma. Dejó de pensar en el pedido que le hizo su amiga; de tuvo la búsqueda de fotos que confirmaría si esos aros de agua-marina que terminó hace un mes son tan azules como los que necesita Sandra. Atrás quedó la noche de insomnio, la jaqueca golpeándole la cabeza hasta el amanecer. Olvidó el horóscopo que insistió en su inseguridad. Se convirtió en una espectadora invisible y los actores quedaron congelados esperando ser vistos para existir. Los recorre uno a uno: la chica, el playero que la atendió, y el otro, de pelo colorado furioso. Del otro lado de la calle: alguien.

–Hola, sí, mire, llamo de la estación de servicio Automás de Mitre y Las Flores. Hace casi una hora que hay un pibe raro, muy raro. Si, tiene puesto algo azul, una campera pesada y gorrita con visera. La gorra es azul, también. Todo azul. Se sienta, se para, lee volantes del piso y mira para acá, siempre está mirando para acá. Bueno, esperamos, pero mire que es urgente.

La encargada corta la comunicación y vuelve al mostrador. Hace una seña con la mano al playero pelirrojo que abre la puerta y le pregunta si llamó.

–Sí, ahora vienen. Bah, de acá a media hora me dijeron.

–Se toman su tiempo. Tranquila, que acá estamos todos.

–Nos la van a dar, seguro. Esta vez sonamos. Yo me guardo la guita de la caja en la riñonera, por las dudas.

Los empleados advierten que Patricia sigue ahí. Es la única cliente desde hace un rato. Ella supone que si estuvieran solos seguirían hablando. Empieza a entender.

Son las catorce cincuenta y cinco, la temperatura es de veinte grados y un sol radiante brilla sobre la ciudad de Rosario; el otoño se hace sentir, amigos, a disfrutarlo, a vivirlo, que el otoño es como otra primavera. Después, una música estridente comienza a irritarla. Las radios están demás en los lugares públicos, piensa. Mira el reloj y decide pagar. Mientras se acerca al mostrador escucha a la empleada hablar por teléfono nuevamente.

–Estamos esperando que vengan. Sí, sigue ahí –le dice a alguien aunque recibe el vale de Patricia y está atenta a su presencia–. ¿Algo más, señora?

La chica sigue hablando mientras guarda el cupón.

–Gracias, señora –le dice sin mirarla y continúa la charla telefónica–. Sí, me dijeron que venían en la próxima media hora, todavía no se cumplió. ¿Qué hace el pibe? Nada, se para, camina, se sienta. Nada.

Apenas abre la puerta de vidrio para salir, la luz la obliga a ponerse los lentes de sol. Como una ráfaga el chico de la gorra azul la pasa por el lado y entra al minimarket de la estación. No

logró verle la cara, sólo sintió el roce brazo derecho y un perfume fuerte y masculino. Levantó la vista y, tal como esperaba, encontró a los empleados congelados y mirando hacia adentro.

Camina hasta su coche y el playero sigue parado, inerte.

–¿Te pago a vos?

–Sí, ahora le traigo el ticket.

Ella sube al auto. Las llaves están puestas. Mientras acomoda su billetera percibe que algo está cambiando afuera. El chico de la gorra azul sale corriendo, mirando hacia la esquina. Tiene las manos en los bolsillos y la visera le tapa la mirada. Parece alguien sin ojos. Por el recuerdo del brazo fuerte contra su cuerpo supone que es muy joven, quizás deportista también.

Los dos empleados caminan hacia la encargada que está inmóvil en la puerta del minimarket. Terminan uno al lado del otro.

–¿Qué te pidió? –pregunta el colorado.

–Una caja de fósforos compró.

–Para mí que tenía un arma, ¿viste que nunca sacó la mano izquierda del bolsillo? Ya van a venir, metámonos adentro.

–¡Estos guachos no llegan más! –murmura la encargada.

Patricia hace tiempo en su auto aunque ya podría irse. Esperó tanto que ahora quiere estar. No sabe qué va a pasar pero quiere estar. Quiere escuchar cuando esos diálogos se crucen entre sí. VENIS A COMER HIJA?, insiste su madre. Contesta con un “OK” apurado que tipea mirando hacia la esquina y a los empleados que quedaron adentro del minimarket.

El chico de la gorrita volvió a la esquina y sigue de pie como en pausa, esperando algo. Patricia tiene que arrancar y salir de ahí, pero en vez de hacerlo por la calle paralela, quiere tomar la de enfrente, quiere verle la cara. Gira, bordea la estación y en ese instante aparece una chica desde el costado derecho. Camina a la par de ella. Lleva dos o tres bolsas de plástico y sonríe. Con la mano libre saluda a alguien. Patricia detiene el coche antes de hacer una mala maniobra, usará la entrada del lugar como salida. La chica también espera antes de cruzar. A pesar del semáforo en verde el chico de gorrita atraviesa la calle corriendo. Llega hasta la chica y Patricia los ve abrazarse. Las bolsas rebotan sobre la espalda del muchacho. Se nota que ella descansa en ese abrazo, se afloja, se suelta. En el espejo retrovisor están las siluetas de los tres empleados de la estación. Ellos también son testigos de ese abrazo desmedido, amoroso, inesperado.

Cambia el semáforo otra vez, así que tiene unos segundos más para mirarlos. El chico se saca la gorrita azul y se la pone a ella. Ahora sí le ve los ojos rasgados. Cruzan la calle y se van caminando hacia el sur. Patricia mira la hora justo cuando se empieza a oír una sirena. Por suerte, siempre llegan tarde.

40 grados y tres películas

La realizadora Mariana Wenger concluye su trilogía dedicada a Eduardo Galeano, entre animaciones y registros de vidas revestidas tanto de dureza como de encanto, siempre con la poesía como herramienta

Por **Leandro Arteaga**

El caminante

Buenos Aires. Algún día de enero de 2009. Cuarenta grados a la sombra. Eduardo Galeano insiste en ir a pie desde el hotel al Teatro San Martín: “No quiero ningún remis. Soy un caminante”. Mariana Wenger lo espera sin haber pegado un ojo durante toda la noche: “Entre la tensión y los nervios, nunca transpiré tanto en mi vida. Quería hacer todo técnicamente bien, y no olvidarme de preguntas que por supuesto me olvidé”.

Galeano ya había supervisado los guiones, “le encantaban los storyboards”. Entre audios e imágenes, ese día se grabó todo lo que Wenger necesitaba para la trilogía que tenía en mente. “Por supuesto quise pagarle. Me dijo que si se lo mencionaba una vez más, abandonaba el trabajo (risas). Nunca quiso cobrar absolutamente nada”.

La primera de las películas en alumbrar fue *Un arma peligrosa* (2009, 5’), animación codirigida por Wenger y Paola Murias. Recibió varios premios, entre ellos Mejor Animación en el Festival Internacional de Flandes, Bélgica; y el Premio Juana Azurduy del Festival Latinoamericano de Video Rosario. Recorrió Perú, Estados Unidos y Francia, en donde recaló seleccionada por Caloi en su Tinta para el homenaje a la animación argentina

del Festival Annecy 2010. La gracia festiva de *Un arma peligrosa* choca con lo que expone: “en más de 30 países es normal la mutilación del clítoris”, narra la voz de Galeano. El contraste continúa entre el encanto visual y el horror de los hechos. La animación de Murias es preciosa, colorida. Wenger la guía en un entramado que tiene soporte fundamental en la música de Juancho Perone y los cantos de indios kroas que interpreta el grupo Societatis in Musica.

En 2012, se estrenó *Otros sentidos* (60’) en El Cairo Cine Público. La película está protagonizada por la periodista ciega María Eugenia Tabacco y la actriz Liliana Gioia. Como dice Wenger, *Otros sentidos* es “una comedia de carácter reflexivo”, en donde la mirada lúdica de Gioia es el vínculo hacia la personalidad arrolladora de Tabacco. La periodista entrevista a personas y personajes diversos, y logra un abanico de colores. Hay momentos animados —a cargo de Paola Murias, Violeta Barni y Alfredo Piermattei— que intervienen el registro de lo real. Son maneras estéticas que alteran la captura directa de la imagen, en consonancia poética con la figura y el decir de Eduardo Galeano. Por ejemplo, el uruguayo cuenta sobre lo difícil que es, ya adultos, “limpiar los ojos de telaraña”. Y rememora la mirada limpia de unas niñas que

nombran y saludan flores en su camino. En el reparto central de *Otros sentidos* aparecen los nombres de Gachy Roldán, Héctor Ansaldi, Chiqui Abecasis, Eduardo Vercelli y Mariano Raimondi.

Con *Infancias perdidas* (2020, 4’ 29”), Wenger cierra la trilogía. Y retoma la vena estética de *Un arma peligrosa*, a partir del acento animado en la introducción de un tema duro. Pero acá no hay color. La voz grave de Galeano dice sobre el hecho que esconde una etiqueta de pelota de fútbol: las manos de un niño que nunca irá a la escuela, escondido con otros, cosiendo entre sombras. La explotación del trabajo infantil no tiene poesía: ¿cómo decir lo indecible? Por eso, hay que intentarlo. Así lo hacen las imágenes de Wenger, junto al trabajo animado de Alfredo Piermattei, y la música de Jorge Fandermole en la voz de Ethel Koffman. Es la única de las tres películas que el escritor no llegó a ver: había fallecido en abril de 2015.

La tribu del Negro

La trayectoria inscribe a Mariana Wenger en la primera de las camadas surgidas de la Escuela Provincial de Cine y Televisión de Rosario. Tuvo allí un momento relevante, cuando junto a los animadores Pablo Rodríguez Jáuregui y Esteban



Tolj conformaron el grupo Nibelungos. “Nosotros habíamos abrevado en (el maestro animador) Luis Bras; a diferencia de Pablo y Esteban, yo no sabía nada del tema, pero tenía muchísimos deseos de introducirme en el mundo de la animación. Siempre estuve con la animación, la mayoría de mi pensamiento en relación al cine es alrededor del cine animación. Para mí es una forma con la que se pueden digerir un poco mejor ciertos temas. La animación es una manera diferente del relato”.

Entre las películas de Wenger hay que mencionar *Fontanarrosa se la cuenta y confiesa que ha reído* (1997), *Pintando de amarillo*

(2000), *Don Quijote de la imagen* (2003) y *Cine Negro* (2006); esta última, una especie de variación actualizada de *Fontanarrosa se la cuenta*. Aquí también, el nombre clave. Porque si Eduardo Galeano es el hechicero que encanta con las palabras, el chamán, Roberto Fontanarrosa es el jefe de la tribu.

“Yo tenía intenciones de trabajar con Galeano hacía muchísimo tiempo, y tomé contacto con él cuando empecé a producir *Cine Negro*. Me contestó enseguida, pero me explicó que tenía un tumor y se tenía que operar. Me dijo: «Me toca luchar contra un león, y no voy a poder participar esta vez de la película. Le pido disculpas». Cuando fue el es-

treno en (el teatro) La Comedia, nos llegó un testimonio suyo por escrito, con una dedicatoria, un homenaje. Y cuando la película se estrena en Montevideo, él tuvo la deferencia de armar un spot publicitario y promocionarla, sin que yo se lo pidiera. Fue increíble, así es cómo era él. Cuando fui a Montevideo, le comenté que estaba interesada en realizar, de alguna manera, un homenaje a él, con dos cortos y un largo. Me pidió que le enviara los guiones, quería verlos. Era una persona muy exigente, desde ya. Se los mandé, y le gustaron muchísimo. Así fue como empezamos a charlar y quedamos en filmar el verano siguiente”.

Llega el día de los 40 grados. “Él



Mano a mano. Galeano chequeaba cada detalle del guión.

me pidió un rodaje íntimo. Y en eso tuvo mucho que ver el licenciado Jorge Gagliardi, que está a la cabeza del Núcleo Audiovisual Buenos Aires, e hizo todo para que el Teatro San Martín nos diera su lugar, dispusiéramos de cámaras y no tuviéramos que viajar con tantos equipos. Galeano me había pedido por favor que no fuera prensa. Pero imagínate, con él en el San Martín era imposible. Un poco de prensa se filtró y le pedí disculpas: «Hay unos periodistas que están esperando, algunos son conocidos míos’. Y me dice: «Si usted es de la tribu del Negro Fontanarrosa, y los periodistas son de su tribu, pueden pasar»».

La insistidora

Fontanarrosa (*Cine Negro*), Van Gogh (*Pintando de amarillo*), Cervantes (*El Quijote de la imagen*), Galeano. La lista de nombres cifra el cine y los pensamientos de Mariana Wenger. “Creo que de alguna manera siempre me ha gustado tomar distintos temas, algunos más de un carácter biográfico o de homenaje a determinados artistas. Siempre me gustó elegir qué decir a partir de esta idea, y poder tocar temas sociales profundos. Es mi forma de encarar la ética, mis conceptos de vida. Es mi forma de pensar. Lo que nos permitió llegar a estas situaciones, a estos encuentros con gente como Galeano, es la remada contra la corriente, el trabajo permanente, el estudio, la perseverancia, profundizar. Y el amor por el cine, que siempre es un trabajo colectivo”.

–Sin amor no hay películas.

–Cuando quiero algo, soy osada. Absolutamente perseverante. Pao-

la Murias me llama “la insistidora” (risas). Lo llevo al extremo, hasta lograr el encuentro. Hay veces que son más difíciles de producir ciertas películas porque la personalidad puede tal vez no ser tan conocida o talentosa. Con Galeano fue al revés. Siempre muy gentil y amoroso. Tengo un agradecimiento infinito por haberme permitido hacer estos trabajos, por haber confiado en que yo podía llevarlos adelante. Me costó muchísimo terminar la trilogía. Pero a pesar de la crisis y de lo difícil que es producir, me lo propuse. Tenía con él un acuerdo: terminarlo.

–Galeano pudo ver las dos primeras películas. ¿Qué te dijo?

–Esto me lo confió, es increíble: primero hacía que su esposa y sus amigos vieran los trabajos donde él o su voz aparecían. Tenía como una especie de cábala, de no querer verlos, y se los hacía relatar a otros. Tal vez tenga que ver con su enorme humildad. ¡Veía sus trabajos por otras personas! Estuvo muy conforme. Según me dijo, y no me lo olvido nunca: “Tuve una devolución maravillosa de la gente que ve los trabajos donde yo participo”, y yo no entendía (risas).

Obligación del artista

Un arma peligrosa e *Infancias perdidas* coinciden en tanto cortometrajes animados. En el primero, “está la denuncia de este crimen, que ocurre en muchísimos países. Tuvimos la suerte de llegar a un montón de instituciones africanas y europeas, donde la película fue un disparador de discusiones. Pero también se extiende a los derechos de la mujer en general”. En el se-

gundo, “hay un mismo tipo de interés, al denunciar y extender una historia particular, que es la que narra Galeano, a los derechos del niño en general y a la problemática del trabajo y la explotación infantil en el mundo”.

–Hay que atreverse a temáticas y dolores así.

–Hay que asumirlo. Me siento absolutamente identificada con Galeano y con los temas que trato. Lo asumo y me hago responsable por lo que le ocurre a estos y a todos los niños. Por lo que le pasa a la sociedad toda.

–En Otros sentidos hay una mirada más distendida.

–Tiene que ver con que quería hacer una película sobre cuestiones y temas a los que hemos dejado de mirar profundamente, ese era el incentivo. Pero siempre tuve ganas de hacerlo en tono de comedia, para que fuera más digerible. Caemos una vez más en el hecho de lograr que algo sea digerible. Yo fotografía mucho la naturaleza y trato de buscar parangones con la realidad, lo hago cotidianamente. Creo que es una obligación del documentalista o del realizador la de no sólo relatar algo importante, como lo puede ser alguno de estos temas, sino hacerlos digeribles, en el sentido que la gente guste del film. Que no se empiece a acomodar en la butaca, que siga viéndolo y pueda terminar absorbiendo el mensaje. Si no te preocupás por lo estético o la calidad del relato, los temas quedan perdidos, y no se transmite la preocupación ética. Esa es una obligación para mí.

(*Un arma peligrosa*, *Otros sentidos* e *Infancias perdidas* están disponibles en YouTube).

Para quedarse leyendo en casa

Durante la cuarentena, las redes sociales se llenaron de propuestas, ideas y contenidos gratuitos para que los usuarios disfruten en este momento en que el tiempo parece suspendido. Diversas editoriales liberaron títulos para que los lectores se queden en casa leyendo. En ese sentido, la UNR Editora emprendió una multiplicidad de estrategias para acompañar y poner al alcance de la sociedad diversas producciones entre las que se encuentran libros de su catálogo, lecturas para los más chicos y delivery de libros, en este último sumándose a la iniciativa de la Municipalidad de Rosario.

“Nos pareció que teníamos que colaborar para hacer más ameno el aislamiento”, afirmó Nadia Amalevi, directora de la UNR Editora. Se seleccionaron doce títulos del catálogo buscando abarcar diversas temáticas y géneros. “Lo que podía sumar era que estas lecturas fuesen recomendadas y no subir todo el contenido junto”, reflexionó Amalevi. Y añadió: “Esta propuesta se enmarca en la iniciativa *Yo me quedo en casa leyendo* y se realiza con el objetivo de incentivar una lectura consciente y activa, tratando de formar nuevos lectores y de darle una vuelta de tuerca al exceso de contenido viralizado de forma impersonal, queremos aprovechar este momento para acercar la lectura en un formato simple y fomentar el interés por el libro”.

Entre los títulos se encuentran: *En quince días nos devuelven las Malvinas* de Federico Lorenz; *La inquietante relación entre lugares*



y *memoria* de Héctor Schmucler (ambos de la colección Avisadores del Fuego); *Notas en un diario* de Osvaldo Aguirre, *El taco de ébano* y *A vuelo de pájaro* de Jorge Riestra; *Crónicas secundarias* de Luis Alfonso; *Chechela* de Mirko Buchin (todos de la Colección Confingere); *Deconstrucción del tiempo. Trabajos y pobrezas en Rosario* (colección Apuntes Feministas); *El libro de los caracoles* de Olive Senior (colección Polifonía de Mujeres); *Semiólogos, críticos y populistas* de Ricardo Diviani (colección Comunicación, Lenguajes y Cultura) y *Crónicas de Rosario* de Horacio Vargas.

Los libros fueron compartidos en formato PDF para que pudieran bajarse fácilmente y leerse en cualquier dispositivo sin necesidad de conexión a Internet: “No lo hicimos en e-pub porque nos parecía importante no limitar la accesibilidad ni contribuir a la saturación. En estos tiempos en que hay mucha invasión de contenido en redes, optamos por una forma más pausada, más pensada, más dirigida. Que la gente sepa qué se va a leer. Desde la Universidad es un rol más apropiado”, concluyó.

Para los más chicos se realizaron

videos en donde los autores de la colección Cuenta Ciencia leen sus cuentos, acompañados de los dibujos de la ilustradora Cris Rosemberg, quien también llevó adelante la ilustración de los libros. Cuenta Ciencia es la primera colección que la UNR Editora realiza en un formato dirigido al público infantil. La misma aborda temáticas de las ciencias de la salud y cuenta con cinco títulos: *Ojos de galera* de Cecilia Reviglio; *Una historia de Alfajores* y *Chinchulines* de Alisa Lein; *Nacho inventor* de Sergio Pillon; *Un pajarito chiquito puede* de Sebastian Carazay y *Un truco para Matías* de Maria Soledad Casasola.

Por otra parte cuando se decretó que la venta de libros en modalidad delivery era una de las actividades exceptuadas, la UNR Editora fue una de las editoriales que se sumó a la iniciativa *Delivery de Libros Rosarinos* que impulsó la Municipalidad. De este modo los lectores de la ciudad tuvieron la posibilidad de adquirir los libros en formato papel contando con un sistema de delivery puerta a puerta, gratuito y con todas las garantías sanitarias que demanda la coyuntura.

Los libros para descargar y los videos con las lecturas se pueden encontrar en las redes sociales de la UNR Editora. Todos los contenidos están acompañados con el hashtag #LecturasRecomendadasUNR para que puedan encontrarse fácilmente tanto en Instagram como en Facebook. Los libros digitales estarán disponibles para su descarga hasta que finalice la cuarentena.

Luciana García Ingarabide

Tocoginecóloga del Área de Atención
Integral de la Mujer

Hospital Dr. Roque Saenz Peña

CORONAVIRUS

Usar cubreboca es cuidarnos y respetar

Ajustalo firme: que cubra boca, mentón y nariz.
Y además: lavá tus manos y mantené la distancia social.



#RosarioSeCuida
#YoMeQuedoEnCasa



Municipalidad
de Rosario



Mutual del Personal
GRUPO SAN CRISTÓBAL

Mutual del Personal del Grupo San Cristóbal en tiempo de pandemia

Alineados con el objetivo de generar las condiciones para una mejor calidad de vida de sus asociados y sus entornos familiares, nuestra Mutual ve este momento de excepción como una oportunidad para afianzar nuestro lugar "haciendo comunidad".

Enfrentamos la crisis desarrollando acciones en diversos frentes.

Donación Cruz Roja Argentina

Para fomentar la lucha contra el coronavirus en la Argentina y como parte de la campaña "Entre todos podemos", nuestra Mutual del Personal del Grupo San Cristóbal se ha sumado a la Cruz Roja Argentina, quien destinará el importe a la entrega de Kits de protección a personal sanitario a cargo de la evaluación y atención a personas afectadas durante la emergencia del COVID-19.

Desafío de Lectura 20-20

Por otro lado, la atención no se centró solo puertas afuera, sino también hacia adentro, buscando acompañar a sus asociados y sus familias. Una tarea nada menor si se tiene en cuenta que contamos con más de 1.900 asociados en todo el país.

Por eso hemos vuelto a sumarnos a la Fundación Leer y participar del Desafío Leer 20-20 para acompañar en esta cuarentena a cada chico en su lectura.

Además de los libros que se renuevan cada 15 días, participan de un concurso con regalos para aquellos que se destaquen en su lectura.

Campaña Solidaria #UnaSolaHinchada

En paralelo a estas acciones, el tradicional voluntariado de nuestros asociados han decidido sumarse a la campaña nacional #UnaSolaHinchada auspiciada por nuestro Grupo San Cristóbal para ayudar a comedores y centros comunitarios del país.

Así como nos cuidamos a nosotros y a nuestras familias, podemos ayudar a quienes más lo necesitan. Con el aporte generoso de cada uno de nuestros asociados la Mutual del Personal destinará un aporte extraordinario.

Solidaridad y Ayuda Recíproca

Nuestra Mutual con estas acciones no hace más que ser fiel a su historia. No está de más recordar que, los valores mutualistas de solidaridad y ayuda recíproca, son más que nunca en estos momentos de excepción, el motor que nos hará superar las dificultades de hoy.

La Mutual somos todos...

Con la misma energía y empuje que tuvieron aquellos colaboradores al iniciar ésta Mutual del Personal, se llevan a cabo estos actos de solidaridad, apoyo y presencia.

Es tiempo de quedarnos en casa para volver a estar juntos. Te invitamos a que nos acompañes en nuestras redes para disfrutar en tu hogar de toda la programación de la Mutual Del Personal

#QuedateEnCasa



mutualdelpersonal

